

Aino Kallas

# LA NOVIA DEL LOBO

Ilustraciones de  
Sara Morán

Traducción de  
Luisa Casanova

Nórdicalibros

# **LA NOVIA DEL LOBO**

**(UNA HISTORIA OCURRIDA EN HIUMAA)**

**AINO KALLAS**

Ilustraciones de Sara Morante  
Traducción de Luisa Gutiérrez



Título original: *Sudenmorsian*

La traducción de esta obra ha sido posible gracias al apoyo de FILI - Finnish Literature Exchange

© Aino Kallas' heirs

First published in 1928 by Otava Publishing Company Ltd. Published by agreement with Otava Group Agency, Helsinki

© De las ilustraciones: Sara Morante

© De la traducción: Luisa Gutiérrez

Edición en ebook: mayo de 2016

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

[www.nordicalibros.com](http://www.nordicalibros.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-16440-79-5

Diseño de colección: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**AINO KALLAS**  
**(Viborg, Finlandia, 1878 - Helsinki, Finlandia, 1956)**

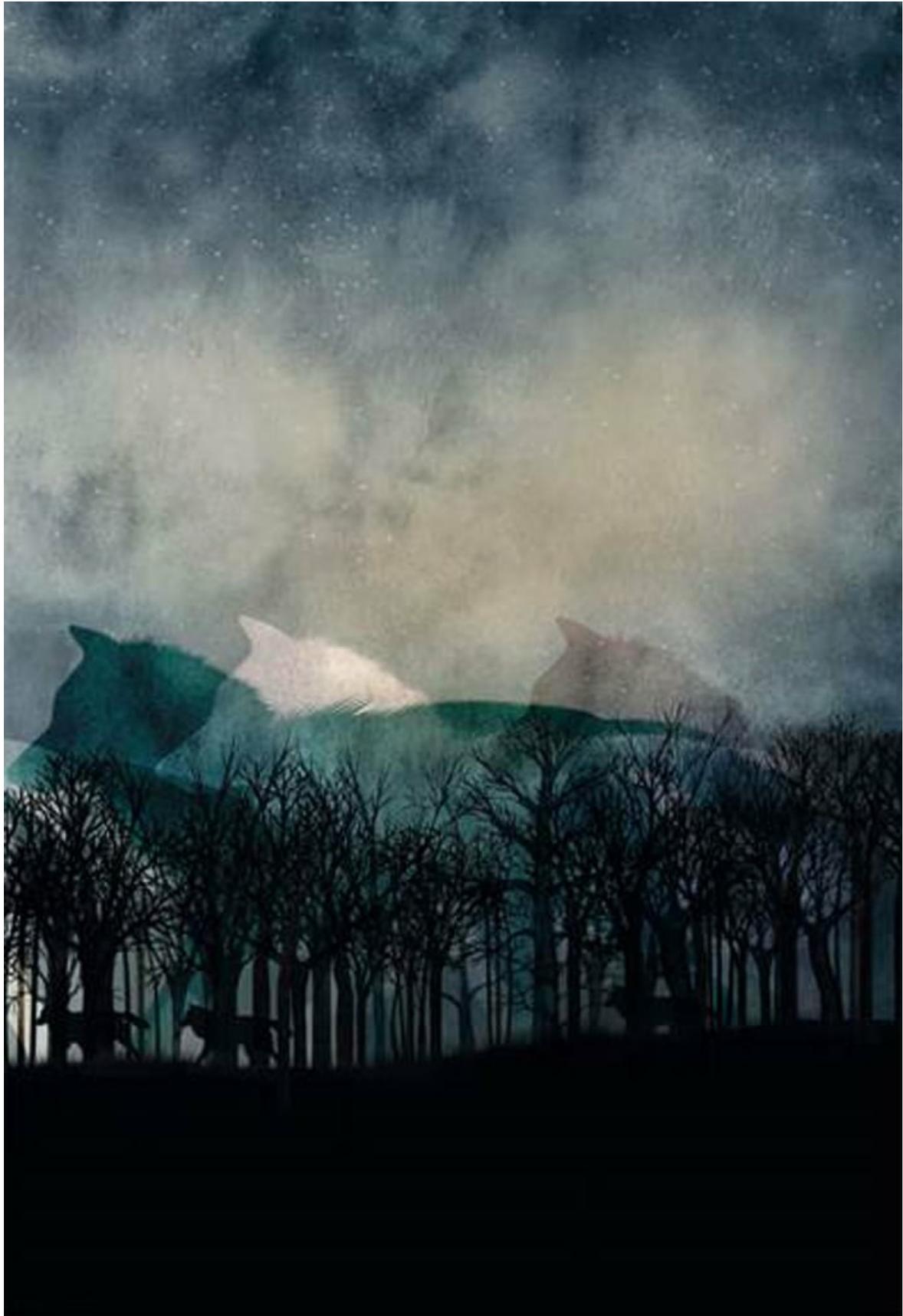
Destacada escritora finlandesa-estonia. Sus novelas están entre las mejores piezas de la literatura finlandesa.

Su padre fue uno de los primeros en publicar poesía escrita en lengua finlandesa. A pesar de escribir su obra en finés, con frecuencia trató temas relacionados con Estonia, como en su obra más conocida, La Novia del Lobo. Vivió en Londres de 1922 hasta 1934, mientras su marido era embajador de Estonia en el Reino Unido. Se publicaron sus diarios del periodo 1897-1931 en la década de 1950.

**SARA MORANTE**  
**(Torrelavega, 1976)**

Estudió Artes Aplicadas en España y en Irlanda. Recibió el Premio Nacional de Arte Joven, categoría ilustración, de la Dirección Gral. De Juventud del Gobierno de Cantabria en el año 2008, y sus trabajos han sido seleccionados y expuestos en el IV Premio Nacional de Litografía Ciudad de Gijón 09, Inmersiones 09 y Espacio Zuloa de Vitoria (ilustración ganadora del Good Shi(r)t, 2010). Asimismo, colabora asiduamente en prensa y publicidad ([www.saramorante.com](http://www.saramorante.com)).





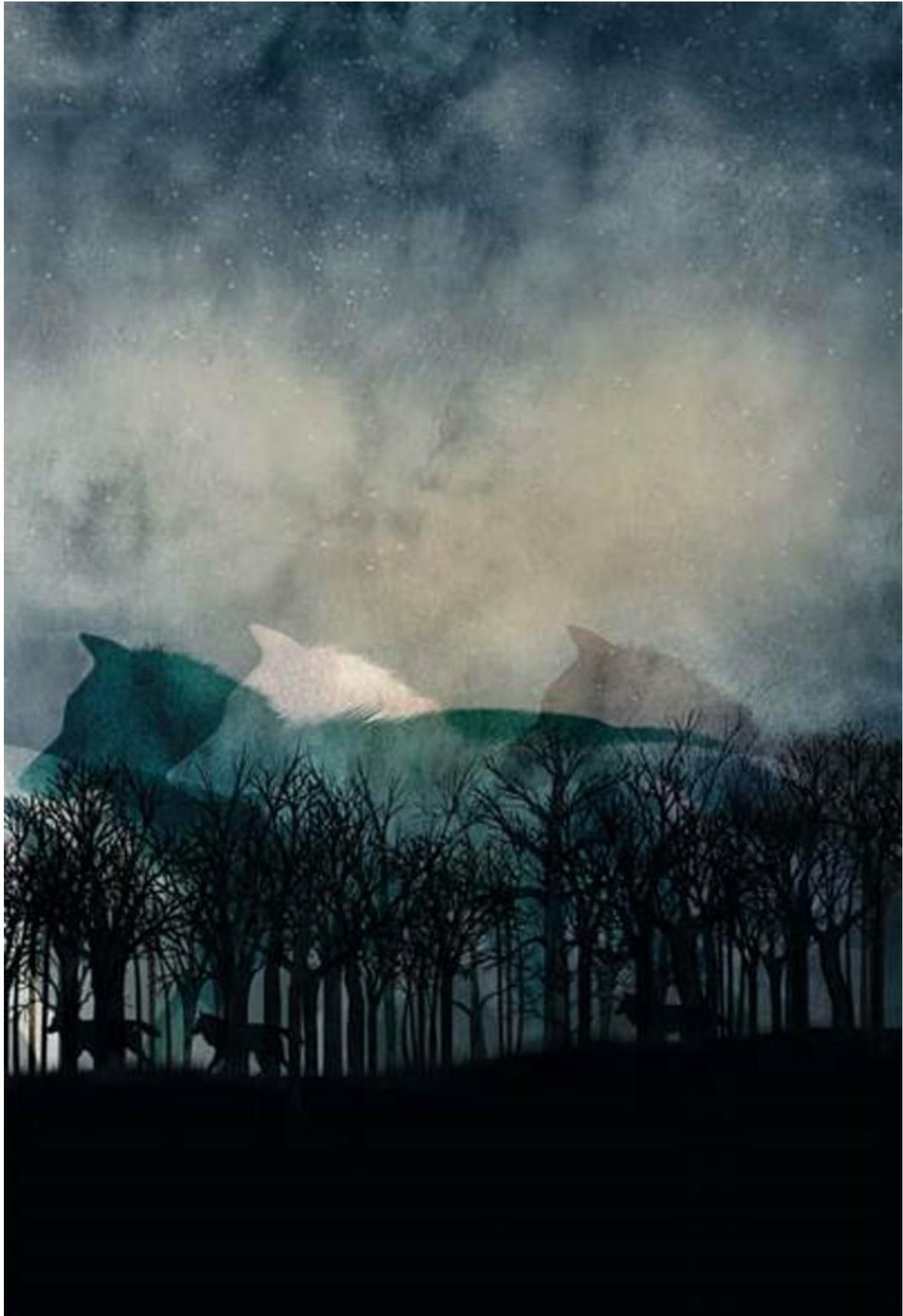






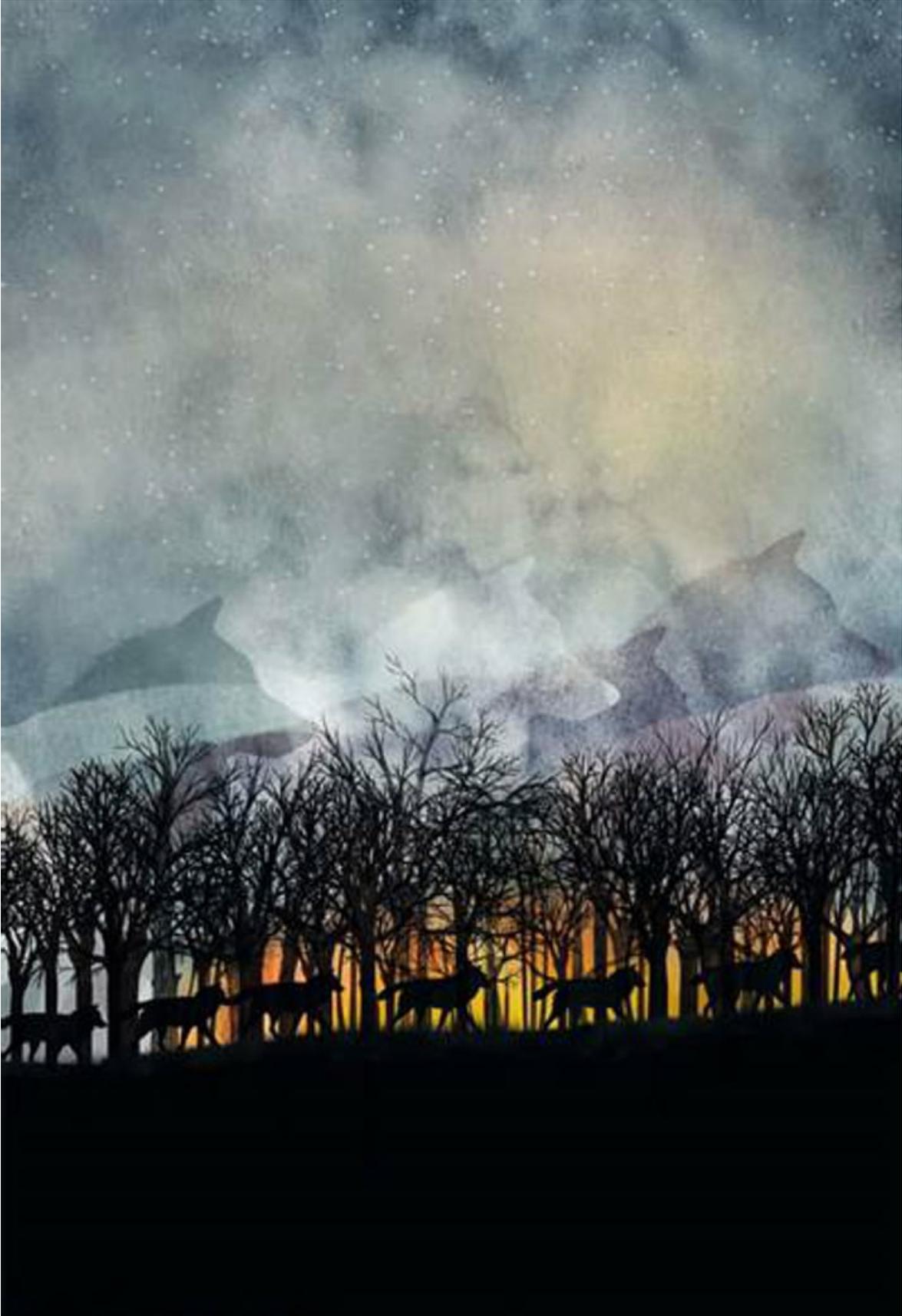












# 1

Ésta es la historia de Aalo, esposa del guardabosques Priidik, transformada en lobo por Satán, que adoptando dicha forma huyó de su legítimo marido internándose en el bosque, donde convivió con bestias salvajes y con el *Diabolus sylvarum* o demonio del bosque, y fue por todo ello llamada por los campesinos *la Novia del Lobo*.

¡Protege, Señor, nuestro cuerpo y nuestra alma de todo mal y peligro, cual armadura de plata en la que rebotan las flechas del Tentador, ahora y por los siglos de los siglos!

## 2

Por aquella época, cuando aconteció esta historia verdadera y triste, era aún señor hereditario de Suuremõisa, en la isla de Hiiumaa, el anciano mariscal Jacobus de la Gardie, y párroco de Pühalepa, Olaus Nicholai Duncan, llegado de Jöelehtme, en el continente. Entre los vasallos del mariscal en las tierras de Suuremõisa, se encontraba en Pühalepa un guardabosques diestro y versado en todas las artes forestales, de nombre Priidik y de origen campesino. Su cabaña se hallaba próxima a la taberna Haavasuo, que a su vez no se ubicaba lejos del campo de caza de los lobos, una extensa pradera inundada, reservada por orden del conde a la cacería de los grandes lobos.

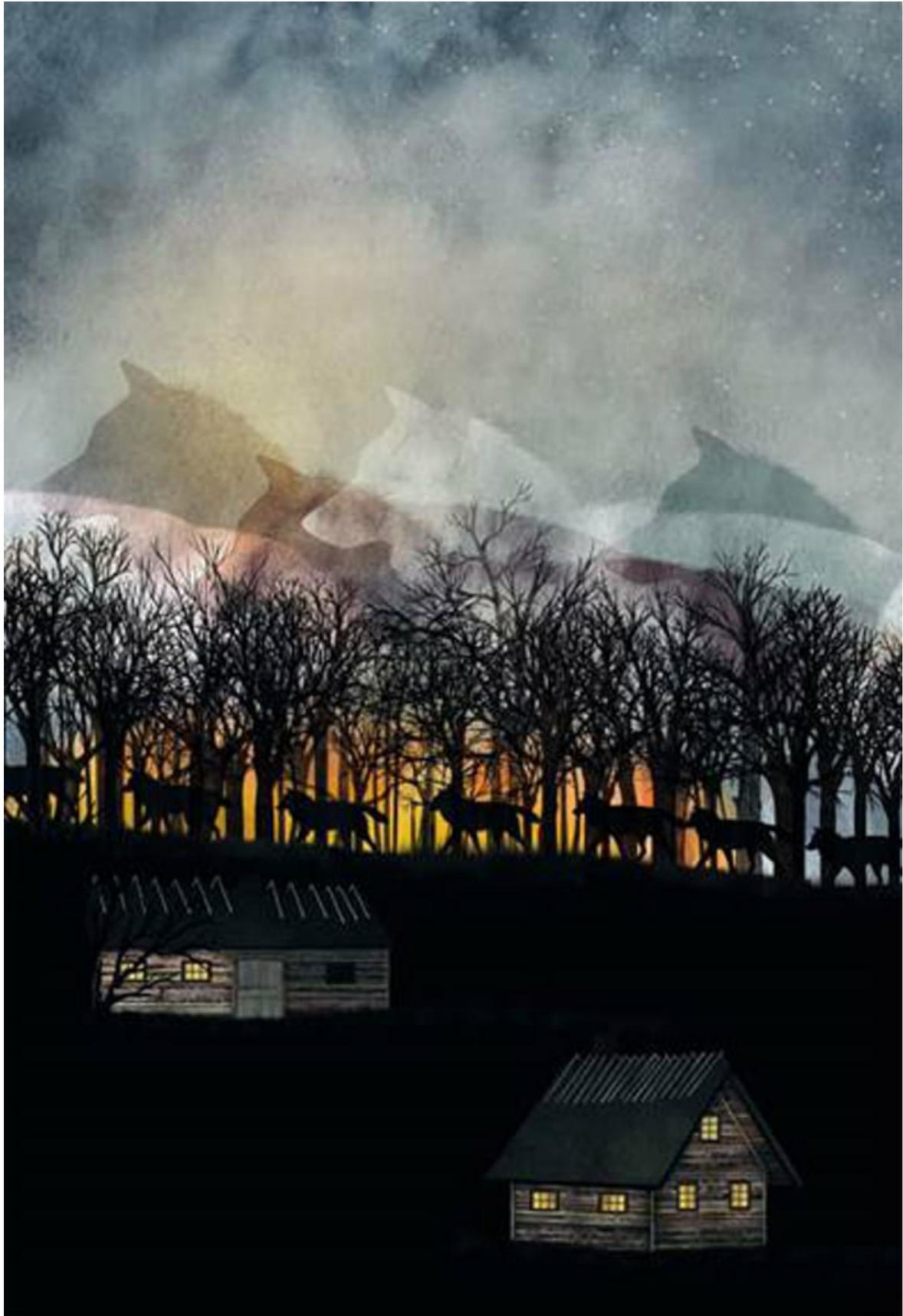
Pues por aquel tiempo, en Estonia y en Livonia se había multiplicado sin medida el número de lobos, osos, linceos y otras bestias del bosque, de tal manera que incluso los viajeros extranjeros observaban el hecho con manifiesta sorpresa. Mas todo esto tenía, en verdad, su origen en los antiguos años de persecución, pues ahora se escribía el *Anno* 1650, y el país y sus habitantes descansaban en la amada paz de Suecia, y nuestro pernicioso enemigo, el moscovita no bautizado, en vano se afilaba los dientes al otro lado del río Narva.

También en Hiiumaa la raza de los lobos se había tornado demasiado audaz, pues el lobo, cuando el hambre le escarba las entrañas, es una bestia temeraria e intrépida, aunque, satisfecha la apetencia, tal vez sea su naturaleza igual de pérfida. Durante los hielos del invierno, los lobos no sólo saltaban los cercados, sino que penetraban en las haciendas y se llevaban una oveja del redil o el perro del corral. Y aunque en verano erraban solos o en parejas, llegado el invierno se unían formando grandes manadas y rondaban los senderos del bosque, así como las inmediaciones de los caminos nacionales, asaltando a los caminantes de tal manera que muchos, al emprender un viaje,

ataban un tronco a una larga cuerda y lo arrastraban detrás de sus trineos para espantar a las bestias.

Y esas criaturas de los bosques, cuyo origen es el Demonio (¿acaso no es el Demonio en persona el *Archilupus* o el Gran Lobo?) y que siempre han sido instrumentos de brujería, ya no se conformaban con habitar en las espesuras de Kõpu y Ristra, donde desde tiempos antiguos se hallaba su morada, sino que en manada formaban su guarida en la maraña de abetos de Kõrgessaare y en las islas cenagosas en el corazón de Hiiumaa. Allí las hembras alumbraban a sus cachorros y, cuando llegaba el otoño, los jóvenes lobeznos ya estaban crecidos para deambular con sus padres por la isla.

Y así ellos y su raza se convirtieron en un duro azote para toda la isla de Hiiumaa, especialmente cuando, llevados por su voracidad, despedazaban más de lo que podían devorar, conforme manda su naturaleza lupina.







Y aunque los señores de Suuremõisa y de toda Hiiumaa, los poderosos condes De la Gardie, así como la corona de Suecia ordenaban grandes cacerías de lobos y por todos los medios incitaban al pueblo a acabar con ellos prometiendo grandes dineros, no resultó esto de gran ayuda. Ni los pozos de lobos, ni el veneno para zorros, ni las emboscadas con reses muertas surtían efecto, como tampoco servía darles caza con perros adiestrados, tanta era la desmesura con la que se reproducían estas bestias, como si los ayudara el mismo Satán.

Y en las noches invernales, especialmente las Noches Santas de la Navidad (así llaman a *December el mes de los lobos* los campesinos), se les escuchaba aullar el hambre y la furia de sus corazones hacia el cielo cual vigorosos guerreros, de manera que los caballos se sobrecogían en sus establos y el pueblo decía que el padre celestial a los lobos arrojaba jirones de nubes o piedras de amolar como alimento, igual que se lanzan huesos a los perros.

Pero estas arrogantes jaurías de lobos eran sólo la avanzadilla del infierno que el Espíritu Inmundo, quien siempre aguarda severo la perdición del hombre, enviaba precediéndolo.

Sucedió no mucho después que los lobos naturales se tornaron indecentes y en ningún lugar se podía estar a resguardo de su malicia, y los hijos de los hombres también comenzaban a correr cual lobos y a perpetrar actos de lobos, como si el Demonio maligno hubiera penetrado en ellos. Y aunque esta iniquidad de brujería alcanzaba ahora Hiiumaa, que es igual que *Ultima Thule* o un lugar olvidado de la mirada de Dios, hacía ya tiempo que había extendido su poder por los baluartes más firmes del cristianismo, como Alemania y Bohemia, al igual que por Hispania o Franconia. Pues hombres dignos y honorables, que hasta entonces habían acudido a la iglesia y por la salvación de su alma habían sido partícipes de la comunión, con el aspecto de sanguinarios lobos ahora desgarraban ganado y ovejas, aunque antes no hubiesen soportado siquiera el olor de la sangre.

Así había el Señor por un momento abierto de par en par las cancelas de hierro de los Espíritus Malignos. Y sobre esto no hay ninguna duda, pues fue atestiguado múltiples veces por los labios de los mismos miserables hombres lobo o *Lycanthropus*, cuando éstos fueron examinados *per viam inquisitionis*

y mediante pruebas de agua, pues el Agua, siendo un Elemento puro, no acepta lo impuro, sino que impele la indecencia y lo inmundo. Y más de un hombre lobo fue quemado en la hoguera por brujería, para que su alma fuera ofrecida límpida al cielo, aunque su cuerpo fuera pasto de las llamas.

Y así también en Hiiumaa numerosas ovejas del rebaño del Señor caían en esta nueva trampa interpuesta por Satán. Aunque en tierras de Livonia el mal había penetrado incluso en la piadosa Señora de una mansión, seducía en su mayor parte al ignorante pueblo llano, para no hacerles partícipes de la bienaventuranza que Cristo trajo del seno de su Padre celestial y colocó sobre la tierra.

Nadie puede así considerarse a salvo de las pérfidas emboscadas del Diablo, pues ni la virtud o la piedad, ni la sabiduría de la edad ni el coraje de la juventud o la máxima prudencia resultan aquí de utilidad.

### 3

Ocurrió entonces que Priidik, el guardabosques de Suuremõisa, que aún era un hombre joven y soltero, partió una mañana estival a comprar ovejas a la isla de Kassari, situada al otro lado del poco profundo estrecho que separa las islas de Kassari y de Orjaku de Keina. Y acaeció que el tiempo estaba muy en calma, como si todos los vientos del aire respetaran el sábado del Señor, el cielo se asemejaba al pecho de un mirlo y la tierra respiraba su calor como la boca de un horno ardiente.

Cuando Priidik el guardabosques hubo arribado a la cresta de una colina que divide la isla de Kassari, ante él se abrieron toda la isla con su punta arenosa y el mar abierto con sus despejados farallones, y cayó en la cuenta de un gran vocerío en la punta de un cabo de tierra y sus oídos distinguieron un griterío de mujeres y balidos inquietos de ovejas. Mas al descender por la colina, vio un rebaño de unas doscientas ovejas encabritadas por la orilla rocosa y a niños con los pies descalzos, entre los cuales también había algunas mujeres, apremiando a las ovejas con haces de hojas y guiándolas hacia el agua, pues aquél era el baño estival de los ovinos, que incesantes escapaban de quienes los asediaban y hacían correr a sus perseguidores a lo largo de la orilla; mas cuando Priidik el guardabosques llegó al lugar, todas las ovejas habían sido ya estibadas hasta el borde del agua, hasta un lugar semejante a un pequeño cabo. Y los niños pastores estaban de pie formando una cadena a su alrededor, seguían azotando a las ovejas en sus cuartos traseros de manera que a éstas no les quedaba ya la menor vía de escape.

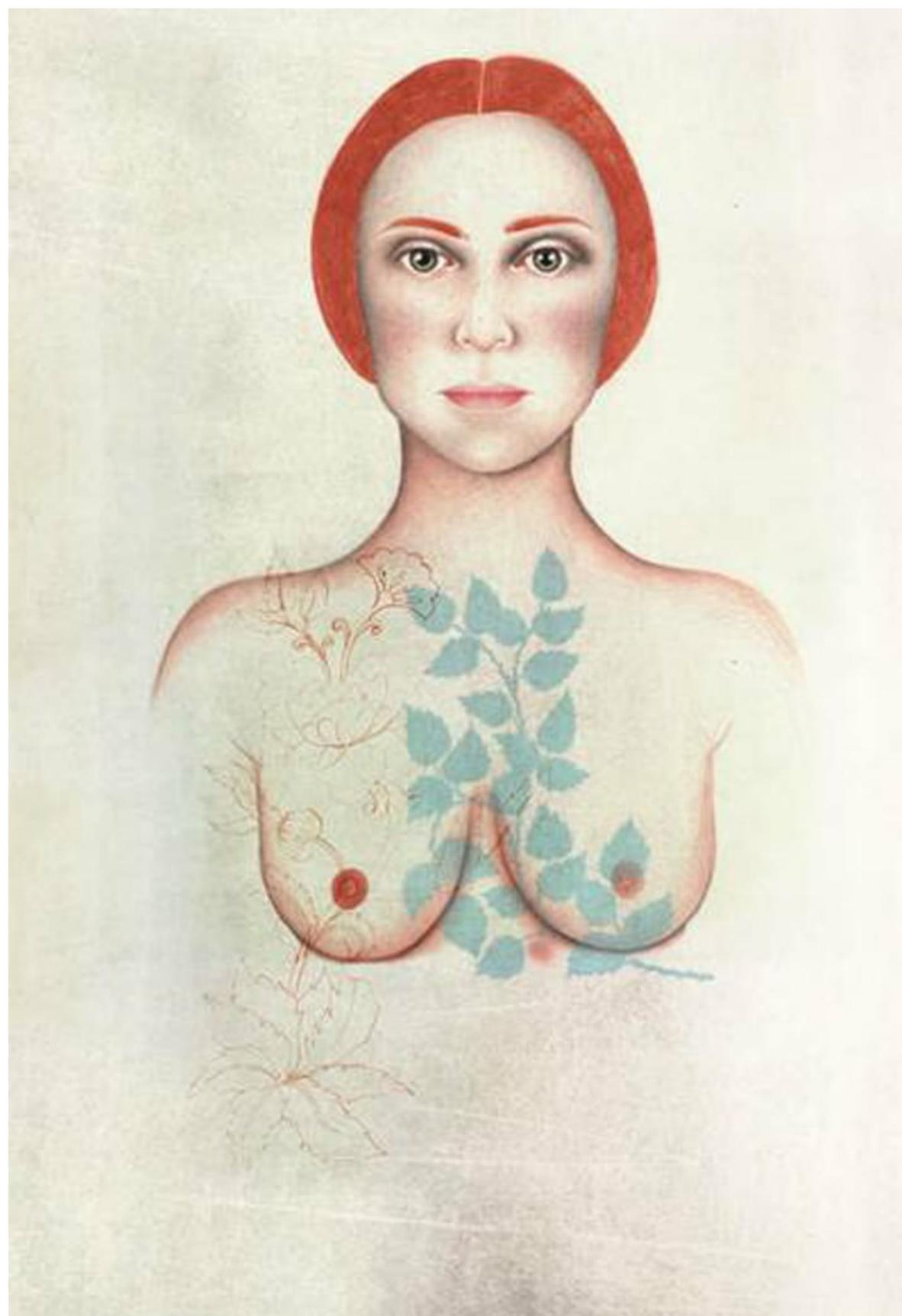
De modo que Priidik contempló este rebaño de doscientas cabezas en su maraña de invierno y sin esquila, moviéndose de un lado para otro como si fueran un único cuerpo tembloroso, pataleando y con gran temor. Y en su gran angustia y estupidez, las criaturas se echaban una sobre el lomo de otra, como

si en el rebaño hubiera un lobo, estiraban el cuello y balaban, igual de miserables, los carneros y las ovejas y sus corderos con ellos, con las patas casi enredadas una con otra, pues muy grande era la confusión que habitaba entre ellos.

Priidik el guardabosques se quedó observando el baño estival de las ovejas y no albergaba prisa alguna, escondido como estaba a la sombra de una gran roca. Las mujeres, habría una decena, agarraban ora una, ora otra oveja del rebaño según la marca gravada en su pata o en su oreja, y con las prisas no miraban de donde agarraban, si de los cuartos anteriores o los posteriores, sino que sin piedad arrastraban al agua a la oveja indefensa, la volcaban sobre un costado y con ambas manos empezaban a lavar la lana.

Entonces Priidik, aunque se encontraba alejado de la escena, distinguió entre las mujeres que estaban en el agua a una joven, sumergida como las demás hasta la cintura, pero algo más distante de las otras, que lavaba a una renuente oveja que todo el tiempo trataba de escapar de sus manos.

La identificó Priidik como doncella por su cabello suelto y su cofia. Pero esta joven no tiraba de la oveja como las otras mujeres, ni maldecía irascible, ni increpaba, sino que trataba de apaciguar al animal con palabras compasivas y misericordiosas, hablándole apacible como se habla a un infante.



Y cuando la oveja había sido lavada por arriba y por debajo, la doncella la soltó, y al instante vadeó el animal hasta seco, sacudiéndose el agua del pellejo igual que un perro bañado.

Al mismo tiempo la doncella salió también del agua y caminó hasta la orilla con la ropa empapada, chorreando agua.

Entonces, desde la protección que le brindaba la roca, Priidik el guardabosques distinguió con claridad las formas de esta joven doncella, pues su ropa húmeda no podía ocultarlas, y la expresión de aquel rostro entornado hacia él. Su cabello era rojo cobrizo como la hierba de la orilla en la que las mareas de la primavera imprimen una herrumbre encarnada, pero sus ojos eran oscuros como las cavidades de los pantanos, fascinantes y atrayentes a su fondo, y su superficie era inmóvil como agua de leganal.

Ahora la doncella agarraba otra oveja, una más pequeña, y con delicadeza la subió a su regazo y se dispuso a vadear el agua, portando su carga. Priidik el guardabosques no podía menos que asombrarse de aquellas jóvenes fuerzas, pues con gran ligereza podía ella cargar en brazos una pesada oveja a pesar de su corta edad.

Y así Priidik se mantuvo de pie, inmóvil detrás de la gran roca, hasta que todas las ovejas hubieron sido bañadas.

Entonces los niños rompieron la cadena humana y las ovejas se dispersaron en todas direcciones como si hubiesen escapado de las fauces de la muerte.

Ahora era el turno de las mujeres, que comenzaron a alborotar en sus ropas húmedas, sumergidas en el agua baja y cálida de la orilla, y a arrojarse agua la una a la otra, a la espalda y a la cara.

Y cuando se hubieron saciado de este jolgorio, salieron del agua para cambiarse de ropa y regresar a sus casas.

Pero en Priidik había penetrado una brisa, y se mantenía quieto en su sitio, incapaz de apartar la mirada.

También la muchacha salió a la orilla, se apartó del resto y allí, pudorosa, dejó caer sobre la arena su húmeda falda y la camisa de lino, ignorante por completo de que la mirada de un desconocido contemplaba su inocencia con ojos ardientes.

Y esto vio Priidik el guardabosques: que debajo de su pecho izquierdo, la

doncella tenía una marca marrón, como el ala de una diminuta mariposa nocturna, que el pueblo llama *letra de fuego* o *marca de bruja*.

La muchacha se puso una falda seca y con la ropa húmeda formó un fardo.







Y cuando todas las mujeres estuvieron listas, partieron juntas hacia el pueblo, dejando a los niños a cargo del rebaño.

Pero Priidik el guardabosques se dijo a sí mismo:

«En verdad ha de poseer esta joven una naturaleza bondadosa, ya que se comporta con las ovejas de ese modo tan apacible y paciente, sin tirar de ellas o irritarse. ¿No habría, de igual modo, de alimentar bien y cuidar con ternura a su marido y a sus hijos (si el Señor con ellos la bendice), y de gobernar a sus jornaleros, el ganado y toda la hacienda, cariñosa y apacible, de manera que a su lado un hombre conociera una buena vida y reinara la paz?».

Convencía así a su corazón y no deseaba observar las señales de Satán en la muchacha, como son la marca de bruja y el cabello rojo, sino que endureció sus oídos a las advertencias, pues había caído confiado en la trampa del amor.

Y no pasó ni medio año antes de que esta doncella de la isla de Kassari llamada Aalo, que una mañana estival bañaba las ovejas en la playa, se convirtiera en la esposa de Priidik, el guardabosques de Suuremõisa, y de este modo Priidik sacó a su elegida de un rebaño de ovejas, igual que Jacob sacó a Raquel, hija de su tío Labán, de la tierra de Harán.

## 4

Pero igual que un día tiene dos partes, el día y la noche, algunos son hijos del día y hacen actos de día, mientras que otros son hijos de la noche y se obsesionan con pensamientos nocturnos; mas existen unos terceros en los que el día y la noche se intercambian igual que muda una jornada. Y todo eso se conoce a su debido tiempo, cuando una prueba lo revela.

Y así, al principio, nadie tuvo nada que referir sobre Priidik el guardabosques de Suuremõisa y sobre Aalo, su joven novia, y por los molinos de aquellos que rápidamente son dados a las malas lenguas y a difundir rumores malignos no corría más agua que la que fluye en los ríos de la isla durante el verano. Así pues, ambos vivían apacibles y en íntima armonía y en concordia entre sí y con los habitantes del pueblo, y acudían con frecuencia a la iglesia y a la Sagrada Misa, como es propio de un cristiano, y a las autoridades terrenales y al señor de la mansión mostraban sumisión y obediencia en todas sus acciones. Sobre Aalo nadie hubiera podido pronunciar palabra alguna, pues era madrugadora y se mostraba dispuesta a ayudar, no era habladora ni fría, sino agradable y de maneras rasas como la hierba de la pradera, aunque a algunos les extrañaba la palidez de su semblante y el color de su cabello. Era éste como el enebro encendido, aunque ciertamente se lo había cortado y en invierno lo ocultaba bajo una capucha de lana y en verano lo cubría con un largo y estrecho pañuelo de lino, cuyos extremos de encaje le colgaban sobre ambos hombros, como conviene a una mujer casada.

Y cuando Priidik el guardabosques y su joven esposa Aalo llevaban desposados menos de un año, les nació su primogénita, a la que llevaron a bautizar a la iglesia de Pühalepa, y que recibió el nombre de Piret.

Mas el Espíritu Inmundo, que odia la paz, ya había escogido a esta mujer

para sí mismo, igual que se marca una oveja en el rebaño, y se limitaba a esperar astuto la hora de moldearla a su imagen y semejanza.

Porque igual que de un pedazo de arcilla puede un alfarero moldear una vasija o un ladrillo para el horno, así puede hacer el Diablo de una bruja un lobo o un gato o una cabra, sin quitarle nada o nada añadirle. Ocurre de la misma manera que con el barro: primero se le confiere una forma y luego otra, pues el Demonio es alfarero y las brujas, arcilla.

Y en primavera, en el mes de la savia (así es como los campesinos llaman a *Martius*) en Suuremõisa se volvieron a ordenar grandes batidas de lobos en cuanto los hielos del estrecho de Soela se hubieron debilitado, de modo que la capa helada ya no sostuviera la zarpa de un lobo y su vía de escape quedaba así obstruida.

Era éste un acontecimiento de dilatada preparación, como corresponde a una fiesta pública, y para los campesinos, la taberna de Haavasuo se había provisto de cerveza y vino especiado, incluso de gaiteros, pues en los velorios del lobo también era costumbre bailar.

Al mismo tiempo se habían situado vigías en pantanos y ciénagas, y habían sacado brillo a todas las viejas lanzas para la caza del lobo que había en los pueblos.

Pero no sólo los aldeanos aguardaban las batidas de lobos, también en el campamento de Satán eran éstas ocasión de gran regocijo, pues sucedían en un momento propicio para ellos.

Aconteció que una mañana un vigilante que había estado apostado en la copa de un árbol trajo la noticia de que se habían avistado lobos.

Y todos los hombres de Kerema, Värssu, Hagaste, Puliste, Vahtrapää, Sarve y Hillikeste fueron enviados a la cacería, dos o tres hombres por cada hacienda, un total de más de setecientas almas, contando mujeres y niños, así como todos los guardabosques de Suuremõisa, Priidik entre ellos.







Y amaneció esa helada mañana de primavera, aunque por el día el sol ya derretía la nieve en las calvas del terreno, pero en las cotas bajas y en los pantanos aún perduraba el hielo.

Cuando Priidik el guardabosques arribó muy temprano a la taberna de Haavasuo, el lugar era ya un hervidero de gentes, como los días de mercado, y cada uno se había vestido con sus mejores ropas, igual que en un día de gran fiesta.

También Aalo había marchado a ver la cacería y el velorio del lobo y vestía una blusa holgada y de amplias mangas, una falda de color oveja parda, plisada por arriba y con rayas transversales por debajo. Y como aún helaba, se cubría la cabeza con una cofia marrón, de las que llaman *karbus*, vistosamente adornada con cintas rojas. Sobre el talle portaba una cadena de cobre formada por monedas tintineantes, y en un lado un puñal con su funda de estaño, y en el otro un alfiletero.

Mas como caminaba en traje de gala, no adivinaba la trampa que le habían dispuesto en su camino, y esa mañana estaba jubilosa como una joven cervatilla, y su hermoso semblante era una alegría para el prójimo.

Y así los lanceros fueron enviados con sus redes al lugar de la caza en primer lugar, y partieron sin más a lomos de su corcel, a pleno trote, y con las lanzas extendidas como un tropel de cosacos o calmucos.

Tras ellos marcharon los batidores de lobos o *loomarahvas* para cubrir la isla de Hiiumaa en un amplio círculo, gritando a pleno pulmón y haciendo estallar sus armas de fuego para espantar a los lobos y sacarlos de sus escondites, si es que éstos habían considerado ocultarse en la espesura o en una isla pantanosa.

Y así se armó un gran estrépito y polvareda sobre los cenagales de Hiiumaa, donde por lo demás sólo se escucha el quejido de la grulla o del zarapito y los aullidos de los lobos.

Pero Priidik el guardabosques se apresuraba hasta el lugar de la cacería para la cual se había reservado esa vasta pradera inundada. En un extremo había una enorme muralla de piedras y, tras ella, redes para lobos, ocultas para que no se vieran.

Priidik y el resto de cazadores acechaban ahora desde la maleza a ambos lados de la pradera pantanosa, donde aguardaban en silencio.

De repente, se escuchó la advertencia de un mirlo en un árbol, y con las mismas aparecieron dos lobos perseguidos por los *loomarahvas*, con los gritos y el vocerío pisándoles los talones. Ya no les ayudaba ocultarse entre los arbustos, pues los ladridos furiosos de los perros les atosigaban haciéndolos avanzar. Ambos endurecieron la marcha, con las fauces abiertas y su negruzca lengua colgando.

Así Aalo, la esposa legítima de Priidik el guardabosques, que se hallaba entre el resto de los aldeanos, vio a los lobos perseguidos pasar de largo temerosos de su vida.

Y aunque a veces se les perdía de vista en el humo de la pólvora, pues los disparos estallaban densos por los lados y por detrás, ella alcanzó a distinguir que el lobo que iba a la cabeza era de cuerpo viejo mientras que el otro era una bestia grande y vigorosa, de miembros esbeltos y cuerpo largo y gris, morro afilado y frente amplia y ojos oblicuos y salvajes, repletos de la furia de los bosques inhabitados.

De pronto, Aalo escuchó claramente en sus oídos:

«Aalo, mi pequeña, ¿vienes conmigo a los pantanos?».

Aalo se sobresaltó como si hubiese recibido un balazo en el costado, pues no vio a quien había pronunciado aquellas palabras. Un gran vendaval sacudió bruscamente su alma y su cuerpo, como si una poderosa fuerza la hubiese levantado del suelo, alzándola en el aire, y a terrible velocidad la hiciera girar en un tornado sagrado, igual que a un brumoso plumón de pájaro, hasta que se quedó sin aliento y a punto estuvo de desvanecerse.

Todo esto sucedió más rápido de lo que sobre el mar una gaviota agita sus alas.

Al restablecerse, vio Aalo al primer lobo tensando los nervios de su largo cuerpo, estirándose hasta que su cabeza y sus patas y su cola dibujaron una línea recta, saltando con determinación sobre la muralla de piedra, brincando dos veces la altura del muro, pues pensaba hallar la salvación al otro lado, aunque allí lo aguardaba una muerte cierta.

Pero entonces, mientras las miradas de todos estaban fijas en su compañero, la bestia más grande y vigorosa que corría detrás tomó velocidad hacia un lado y huyó al bosque, quebrando la cadena humana.

Se apresuró Aalo al otro lado de la muralla y allí vio al lobo forcejeando en la red, que lo envolvía por completo dejándolo sin escapatoria. Aquella

bestia del bosque que había caído en la trampa resollaba como si su costado estuviera a punto de reventar, y una espuma le resbalaba por sus oscuras fauces abiertas, por entre los curvados colmillos, cuando los aldeanos lo provocaban, irritándolo.

Aalo observó a los hombres de pie, con las lanzas extendidas, dispuestos a hundírselas al lobo en el costado, y entre ellos su esposo Priidik.

Y al mismo tiempo Aalo escuchó de nuevo, esta vez quizá aún más lejano, como si la requisieran desde el interior del bosque, pero sólo ella pudiera escuchar la llamada:







«Aalo, mi pequeña, Aalo, ¿acompañarás al lobo a los pantanos?».

Sonaba aquello a invitación y a grito atrayente desde el pantano.

Y en ese momento un demonio entró en ella, de tal modo que fue poseída.

Era ese espíritu el *Diabolus sylvarum*, el Espíritu de los Bosques y de los Lobos, cuyo hogar se encuentra en las ciénagas y en el bosque agreste, sugerente e intrépido, el espíritu de la fuerza y de la libertad, aunque también de la furia y la violencia, impenetrable a toda compresión, alado como un viento borrascoso y ardiente como el corazón del mundo pero aun así encadenado por la Oscuridad.

En ese mismo instante introducía Priidik el guardabosques su lanza en el costado del lobo que se retorció en la red, y con él muchos otros, de modo que la sangre de la bestia salpicaba, elevándose por los aires.

Mas como ni los perros deseaban tocar la carne de lobo, así de áspera y amarga es en sus gargantas, se la arrojó a las aves carroñeras para que acabaran con ella.

Hasta bien entrada la noche se escuchó en la taberna de Haavasuo el regocijo y el jolgorio, el sonido de la gaita y el estampido de mosquetes, mientras los aldeanos celebraban el velorio del lobo con la fuerza de la cerveza y del aguardiente, y los jóvenes y las doncellas danzaban sus bailes.

## 5

Oh brujas, que antes y después de la encarnación de Nuestro Señor habéis celebrado el sábado de Satán, ¿quién puede enumeraros? ¡Simón P. en la Biblia, Circe y Medea, los emperadores romanos Caracalla, Nerón, Julius el Apóstata, los papas Silvestre II, Alejandro VI, Julio II, y por último también Fausto y Scotus! ¿Cómo hubiera podido la joven Aalo de Pühalepa, en la isla de Hiiumaa, resistir a las Fuerzas de la Oscuridad?

Como fuera que desde la cacería del lobo en Suuremõisa, Aalo, la esposa de Priidik el guardabosques, comenzó a anhelar el pantano y la compañía de los lobos, a alejarse del mundo de los hombres y del vínculo con la congregación de cristianos a la cual se había unido mediante el Sagrado Bautismo y el resto de sacramentos, pues aquel espíritu que la había poseído avivaba como un fuelle el fuego de su sangre, para que cumpliera la voluntad de Satán y mudara su apariencia humana por la de un lobo. Cuando descendía la noche, con la penumbra los lobos comenzaban a acercarse a las moradas de los hombres de modo que sus aullidos resultaban audibles, y Aalo, en el umbral de su cabaña, olvidaba sus tareas para mirar fijamente el bosque, y en sus oídos, los aullidos de los lobos se le figuraban la música más dulce, pues también ella pertenecía a su raza.

Mas a su esposo Priidik le rogaba que colocara nuevos postigos firmes en el establo y añadiera incluso una barra de hierro para cerciorarse de su seguridad y también se hizo con un nuevo y fiero perro guardián. Esa primavera no permitió que el pastor anduviera con el ganado más allá de los pastos de la hacienda, aunque llegado el verano el lobo cuenta con más caza que el ganado para alimentarse, como liebres, zorros, erizos y aves del bosque. Mas aquel Lobo no deseaba novillas u ovejas ni tampoco potrillos, sino que codiciaba el cuerpo y el alma de la joven y bella desposada, pues era

un mensajero del Infierno.

Y así, aquella primavera, Aalo se guardó celosamente de no acercarse sola a los pantanos o de adentrarse en el bosque, como si allí la avizorara un enorme peligro. Aún no había olvidado por completo la promesa realizada mediante el Vínculo Bautismal, y el efecto del agua bendita aún protegía su alma. Aunque durante largo tiempo se agitaba entre el miedo y el deseo, maduraba no obstante en el fuego de su anhelo, igual que la mies bajo el sol para la hora que habrá de venir.

Durante el tiempo que duró esta lucha, sus pensamientos los ocupaban con frecuencia las sombras de la muerte, como si Aalo hubiese sentido su prematura y desgraciada muerte. Pues para ella todo estaba poblado de presagios y augurios que tomaba por señales y advertencias y adaptaba a su propio destino.

Y así, al despertar una mañana, le decía a su esposo Priidik:

«Un búho ululó anoche desde lo alto de un abedul, ¿qué puede presagiar?».

O:

«Hormigas negras salieron por un hueco de las escaleras y cruzaron el umbral, y esto sin duda nada bueno augura».

Mas, con aquellas sus palabras, no aguardaba respuesta, sino que las pronunciaba para su propio alivio.

Pero un día regresó del linde del bosque y dijo:

«Hoy he visto en el bosque algo insólito: el cadáver de una mariposa yacía en medio de los enebros sobre la arena amarilla. Tenía alas negras como la mejor casulla del párroco de Pühalepa, pero los bordes eran dorados como la miel y sus motas azul celeste. ¿Quién va a morir?».

Pero la flecha de Satán y de la brujería que la había alcanzado turbaba furtiva así su mente con su veneno, y los demonios y su Señor se regocijaban en el Infierno, pues su presa estaba asediada y la victoria era vecina.

Y así ocurrió que por San Juan, Priidik el guardabosques tuvo que ausentarse dos días e ir a Emaste, a por noticias sobre el barco de la leña, y Aalo se quedó sola en casa con su pequeña Piret, con una anciana sirvienta y un joven pastor.

Desde tiempos paganos la noche de San Juan ha estado cargada de brujería, pues entonces los demonios merodean a sus anchas, y las brujas practican su magia negra al abrigo del crepúsculo. Esa noche acuden a los

cruces de caminos y a las esquinas donde se encuentran tres vallas y consagran las verjas y las puertas de establos con ungüentos mágicos o atan las hojas de cereales crecientes con nudos mágicos, pronunciando mientras sus conjuros e invocando así daños al ganado y a la cosecha. Y los aldeanos de la isla dicen que también Näkk, el Espíritu de las Aguas, en la noche de San Juan busca a su hijo ahogado, adoptando la forma de una hermosa mujer.



Esa noche de San Juan partieron los mozos de Suuremõisa y de las aldeas vecinas a los balancines y a las hogueras de San Juan, y las muchachas salieron a adivinar quién sería su futuro desposado, sirviéndose de nueve hierbas. Sólo los ancianos vigilaban y montaban guardia en las proximidades de sus casas para que nadie pudiera hacer magia alguna o echarles el mal de ojo.

Pero Aalo, la esposa de Priidik el guardabosques, no albergaba la intención de ir a ningún sitio, sino que se sentó en el umbral de su almacén.

Y así la noche se presentó a la hora señalada, y las abejas descansaban en las colmenas, donde también reposaba su dorada carga. Y todos dormían como en un sueño, la sirvienta en su lecho, la niña en la cuna, y el pastorcillo en el banco junto al horno; también reposaban el molinillo de mano, el telar y las redes de pescar en sus estacas, y no salía humo de la cabaña de verano abierta.

La tela de lino que Aalo había tejido a rayas durante las tardes de labor de invierno, la había extendido sobre el césped para que se aclarara, y ésta atravesaba el patio en la blancura de la noche de verano cual sendero de vainilla.

Y allí, en el umbral del almacén, Aalo contempló el sol, el ojo del Creador, descendiendo más y más, hasta estar tan bajo como una baya, y después desaparecer por completo, y pronto la noche enfrió.

Entonces volvió a escuchar en sus oídos idénticas palabras a las que había escuchado en la cacería de lobos:

«Aalo, Aalo, mi pequeña Aalo, ¿vendrás en forma de lobo a los pantanos?».

Mas ahora éstas no sonaban a invitación ni eran atractivas, sino una orden ineludible que había que obedecer, aunque a la muerte o a la perdición llevara.

Aalo no podía resistirse más, y olvidó por completo su Vínculo Bautismal y que Cristo, nuestro Redentor, también por ella había sufrido y muerto en la cruz, igual que en tiempos pasados olvidó Israel, el pueblo del Señor, a Dios y a su salvador, el guerrero poderoso Gedeón. Y complaciente arrojó su espíritu, su alma y su cuerpo al Demonio y por él se dejó guiar.

Ni siquiera el plañido de su inocente hija podía retenerla, pues estaba sorda a todo lo que no fuera la llamada de los lobos.

Y así se despojó de los zapatos de sus pies, pues ya era tarde y sobre la tierra se extendía un fuerte rocío, y marchó, descalza, por la vereda del ganado hacia el pantano, hasta donde había tres verstas suecas de distancia.







Aquellos senderos estaban transitados por el ganado y discurrían serpenteantes por aquí y por allá y a Aalo el corazón le palpitaba en el pecho como un pájaro.

Pero después de un tiempo vagando, Aalo llegó al borde de un gran pantano, que por el romero silvestre en flor, los camemoros y los erióforos, parecía envuelto en un humo blanco. Hasta allí no alcanzaba ya el sonido del pueblo, ni el canto del gallo ni el ladrido del perro, como tampoco las campanas de la iglesia en los días sagrados.

Y el pantano parecía poseer cien ojos, entre la vegetación cenagosa, y cada uno de ellos miraba fijamente con sus membranas oscuras y en silencio a esa joven esposa errante en la noche.

Pero Aalo brincaba de mata en mata y en el reborde de su falda se enganchaban los vástagos de abedules enanos y los estolones de los arándanos palustres, como reteniéndola.

Arribó por fin a una isla pantanosa, en medio de un cenagal donde crecían pinos y ciruelos de Santa Lucía y servales, y la tierra era dura y estaba colmada de pinochas y piñas y también de grandes hormigueros.

Entonces Aalo recordó un viejo encantamiento, quebró la rama de un ciruelo de Santa Lucía y la balanceó tres veces sobre un ojo de ciénaga.

¡Y helo aquí! De pronto vio que en un helecho que crecía al borde del pantano se abría una flor índigo que resplandecía como una llama azul.

Pero el pueblo dice que un helecho sólo florece una vez, siempre la noche de San Juan.

Alrededor de la flor azul del helecho, de un fuego índigo como si se hubiese encendido el corazón del pantano, bailaban culebras con las cabezas erguidas o girando en círculos, y su número sumaba varios cientos. Y los duendes del bosque y las colas de fuego se inclinaban a ambos lados de la flor, cual fuego del sacrificio.

De lobos en la isla había un gran número, aunque era época estival, como si todos los espesos bosques agrestes de Kõpu y las guaridas sombreadas de Kõrgessaare hubieran renunciado a sus protegidos, y todos los lobos de Muhu y de Saarenmaa y aun los del continente se hubiesen unido a su manada. Sentados formaban los lobos un gran círculo, como manteniendo consejo, con su tupida cola sobre los talones y su pelaje enmarañado, mas no aullaban.

Aalo se percató del gran lobo sentado delante de los demás, que en la cacería de Suuremõisa había logrado huir atravesando la cadena, y lo reconoció de súbito por su cuerpo vigoroso y el brillo salvaje de sus ojos, y comprendió que era el líder de los otros.

Y con las mismas, en la oscuridad de una gran roca distinguió una flamante piel de lobo de color gris amarillento.

Y en ese instante, por el poder de Satán, en Aalo se oscureció su vida anterior, como si la profundidad del pantano se hubiese sumergido en su seno por toda la eternidad: esposo, hija, sirvientes, ganado e incluso la Palabra del Señor y su Trono Misericordioso.

(Pues tal poder le ha concedido el Señor a los demonios, y éstos pueden provocar granizadas, heladas y ráfagas de viento y envenenar el aire y el agua e incluso transformar a las personas en lobo).

Se echó Aalo la piel de lobo sobre los hombros y al poco sintió que la forma humana mudaba en algo del todo desconocido: la piel clara de su cuerpo se cubrió de un enmarañado pelaje, su pequeño rostro se tornó un afilado morro de lobo, sus diminutas y gráciles orejas mudaron en orejas puntiagudas, los dientes en colmillos desgarradores y las uñas en arqueadas garras de bestia de los bosques.

Así de taimado adecuaba el Demonio en su astucia la piel de lobo a un ser humano, que uñas y dientes, y también las orejas, todos y cada uno se colocaron en el lugar correcto, como si el humano hubiese salido así al mundo del vientre materno, en forma de *Lycanthropus* o de hombre lobo.

Mas con la forma de lobo despertaron en Aalo todo tipo de pasiones y deseos lupinos, como la sed de sangre y el placer al desgarrar, pues también su sangre fue transformada en sangre de lobo, de modo que era como uno de ellos.

Y con un aullido salvaje y exultante, se unió a la compañía de los lobos, como quien se une a alguien largo tiempo ansiado, que por fin halló a su igual, y los demás lobos, aullando a coro, la saludaban cual hermana.

## 6

Y sucedió que esa clara noche de San Juan, Aalo, la esposa legítima de Priidik el guardabosques, deambuló por primera vez en forma de mujer loba.

Apenas cambió su aspecto humano por aquel de lobo y se unió a la compañía de los lobos, cuando éstos abandonaron la isla pantanosa y comenzaron a correr en manada por los bosques inhabitados, por los páramos de arena fina y los tremedales de turberas, hacia el noroeste, hacia Kõpu y Kõrgessaare, y Aalo con ellos.

Y sentía que ella y el mundo a su alrededor habían cambiado por completo y todo era profundamente nuevo, como si por primera vez lo contemplara con sus ojos corporales, igual que nuestra madre primigenia, Eva, cuando comió la manzana del Árbol del Bien y del Mal en el Paraíso por orden de la serpiente.

Y en los tendones de las piernas y en los músculos de su costado latía una fuerza nueva, potente, de manera que no existía distancia demasiado larga, y Aalo saltaba ágil sobre las fosas de los pantanos y sobre los árboles caídos en los bosques, y su carrera contenía un ritmo trepidante, semejante al viento del oeste.

Y el pantano y el bosque agreste rebosaban de fragancias de las que en su forma humana jamás se había percatado, y éstas en verdad despertaban en ella gran excitación, como si hubiera de correr hacia cada una de ellas. Por un prodigio más allá de todo entendimiento, sabía con precisión qué olor correspondía a qué criatura del bosque. Sus orificios nasales olfateaban de lejos el muy familiar olor de una ardilla o de un zorro, y también a la agachadiza, al gallo lira o al urogallo, incluso al erizo y la liebre.

Pero cuando en su carrera nocturna dejaban atrás una solitaria granja en el bosque o rodeaban un pueblo de lejos, sobrevenía una avalancha de aromas nuevos y extraordinarios que a Aalo le hacía bullir la sangre con aún más

excitación, pues en ellos creía distinguir el olor de las ovejas y cabritillas y jóvenes potros, y del ganado vacuno, y eso la mareaba como si la sangre anduviera alborotada, pues ahora pertenecía a la raza de los lobos.

Aún salió otro aroma al encuentro de la manada, que cual amenaza procedía de los alrededores de las granjas del bosque, y era extraño, poderoso y temible, y por un momento Aalo sintió su nuevo corazón saliéndose del pecho. Entonces vio al resto de lobos, hermanas y hermanos, deteniendo la carrera, olfateando el aire y echando a correr de nuevo al doble de velocidad, como si ese olor exhalara muerte y destrucción, y presagiara a su enemigo mortal.

Pues al igual que entre la serpiente, viejo gusano, y el ser humano existe enemistad, así el Creador ha dispuesto el odio eterno entre el lobo y el hombre, y ambos han de perseguirse el uno al otro.

Sus afiladas orejas de lobo distinguieron en alguna callejuela del pueblo un breve chasquido seguido de una llamarada y un estallido como el estrépito de un trueno, y entonces todos los lobos, apresurados y cegados por el miedo, se internaron en las profundidades más oscuras del bosque.

También Aalo en su nueva forma se había tornado de pronto más cautelosa, que de todo recelaba como si en cada lugar presintiera un peligro. Oisqueaba con celo los tallos y ramas sobre el sendero cual si temiera que bajo ellos se ocultara un pozo de lobos, o detrás de las hojas se escondiera una trampa.







Pero jamás en sus días humanos había bullido su sangre con tal exaltación dorada y tal dicha de libertad como en ese momento, cuando corría por los pantanos en forma de lobo. Mas el deleite de la felicidad es imprevisible y ha sido otorgado por Satán que, sirviéndose de él, hace caer a los hijos de los hombres en el abismo de la perdición.

Y cuando con más detenimiento observó a sus compañeros, entre los lobos que esa noche de San Juan corrían junto a ella por Hiiumaa de un lado a otro, para su gran sorpresa, creyó reconocer a muchos, incluso conocidos de sus tiempos humanos.

A su mismo ritmo corría una loba que en su forma humana se llamaba Valber, de la aldea de Tempa, y a más distancia, el capillero y un pudiente granjero de las tierras de Suuremõisa, y sobre ellos no se equivocaba, pues con los ojos lupinos veía con más lucidez que antes, con sus ojos humanos. Al pasar a su lado corriendo, Valber le mostró sus dientes carniceros combados y afilados como si saludara a un conocido.

Pero de pronto escucharon los mugidos de una vaca y cayeron en la cuenta de una novilla extraviada del rebaño que estaba al borde de una pradera.

Y en un abrir y cerrar de ojos, Aalo supo que su naturaleza de lobo ansiaba beber la sangre de esa vaquilla.

Observó al gran lobo que parecía el líder de la manada, más imperioso que el resto, abalanzarse sobre la novilla y arrancarle la yugular.

Y la invadió después un gran éxtasis, como si ya no percibiera nada con claridad, y olvidara los últimos vestigios de su naturaleza humana. Y con los lobos, sus hermanos y hermanas, se abalanzó sobre la vaquilla caída y todos juntos la desgarraron.

Así, en el curso de la noche, desgarraron muchas ovejas y potrillos y novillas.

Y este bautizo en sangre es el Bautizo de Satán, con el que el Diablo sella su alianza con el hombre.

Mas conforme en su carrera se aproximaban cada vez más al noroeste, en la blanca noche empezaron a perfilarse por la izquierda los grandes bosques agrestes de Kõpu y por delante el mar abierto y Kõrgessaare, y los lobos que hasta entonces se habían mantenido juntos, ahora se apartaban de los demás para correr en solitario o en pareja.

Y también Aalo, que se encontró corriendo sola en compañía del lobo más grande, al que había visto huir en la batida de lobos de Suuremõisa.

Y de repente supo que ese lobo la había llamado tres veces al pantano y ahora había venido a buscarla.

Y con asombro sintió que era el igual de esa vigorosa bestia del bosque, capaz de seguir cada uno de sus pasos, aunque su velocidad fuese vertiginosa, y ambos parecían volar sobre las landas y los terrenos cenagosos.

Idéntico fuego salvaje ardía en las venas lupinas de ambos, e idéntico ardor de espíritu palpitaba en sus corazones de lobo.

De todos los lobos del bosque y de las bestias de san Jorge, ellos dos eran los más altivos y hermosos.

Y al alba, antes de elevarse el sol, en su carrera nocturna arribaron a los bosques agrestes de Kõpu, en medio de un eterno abetal, intacto al hacha humana, y donde abetos vírgenes cubiertos de liquen arbóreo ocultaban la tierra musgosa bajo su sombra.

Y el viento susurraba en la copa de los abetos, lanzaba su gemido y caía después extenuado.

Entonces, el lobo con el que Aalo había corrido, mudó de repente su forma.

Una brisa poderosa y viva recorrió el bosque, como si hubiesen respirado unos pulmones de gigante, y todo el bosque se estremeció con las pisadas de unos pasos invisibles, y unas grandes alas cuya anchura ningún mortal había medido ocultaron el bosque bajo una sombra más secreta que la de los abetos vírgenes.

Era este lobo el *Diabolus sylvarum*, el Espíritu del Bosque, aunque solamente en ese instante revelaba su auténtica figura.

Y sobre Aalo descendió un éxtasis incommensurable y que no cabe en lo terrenal, y por su alma se derramó una felicidad desmedida para la que la lengua de los hombres no encuentra una expresión tan milagrosa, y sobreabundante era este júbilo con el que se da de beber al sediento. Y en ese instante, ella fue una con el Espíritu del Bosque, el vigoroso demonio que en forma de lobo la había elegido y tomado presa de su poder, y todos los límites entre ellos languidecieron, se fundieron el uno en el otro cual dos gotas de rocío que nadie puede distinguir una de otra.

Y Aalo se disolvía en un murmullo de abetal, era estrujada cual resina

dorada del costado rojo de un pino, desaparecía en la humedad verde del musgo de turbera, pues le pertenecía al *Diabolus sylvarum* y era presa de Satán.

Pero cuando despertó, se encontró descansando junto a una gran roca, próxima a su cabaña en Pühalepa, y la piel de lobo yacía a su lado. En ese momento el sol se levantaba de su breve sueño nocturno, y Aalo escondió rápidamente la piel de lobo en la quiebra de la roca y se apresuró a su casa, a su cama, antes de que nadie advirtiera su ausencia.

## 7

Pero a partir de esa noche Aalo quedó condenada a la perdición y era aliada de Satán y comenzó a deambular en forma de lobo como las brujas del Brocken, de modo que tenía dos vidas: cuando lobo, cuando persona.

(Y si por ventura algún incrédulo dudara de cómo algo así es posible, que para su ilustración lea lo que han escrito e impreso el *philosophus* Pomponatius, así como Theophrastus Bombastus Paracelsus y Thomas Aquinus, además de lo que en el *Anno* 381 el Concilio de Ancyra proclamó en un dictamen que así comienza: *Quisquis ergo aliquid credit posse fieri...*).

Y así, durante el día, Aalo mantenía su aspecto humano y en su expresión nadie hubiese podido advertir nada extraordinario, salvo que estaba más pálida que antes, y las pupilas de sus ojos más calmas, como si fijamente mirara profundidades secretas. Y cuando por la noche se soltaba el pañuelo que le cubría el cabello, éste parecía arder con un fulgor aún más encarnado, semejante al fuego que produce la leña de pino.

Sin embargo, no desatendía Aalo ni una sola de sus tareas, sino que se ocupaba de todo como había hecho antes, cual ama de casa hacendosa, la primera por la mañana y la última al atardecer. Y así ordeñaba a las vacas, giraba el molinillo de mano, alimentaba a la niña con su pecho y además araba y gradaba el campo, como es costumbre en las mujeres de Hiidenmaa. Y en todo lo que hacía, parecía el doble de animada y sus manos y pies el doble de ágiles, al igual que sus palabras para su marido Priidik, que también eran más dulces que antes. Por eso, muchos que la veían atareada en el patio, yendo y viniendo deprisa entre los establos y el pozo igual que la lanzadora atraviesa la urdimbre del tejido, juzgaban afortunado al hombre que podía llamar suya a aquella mujer serena y hermosa.

Pero cuando caía la noche y Priidik el guardabosques se había sumido en

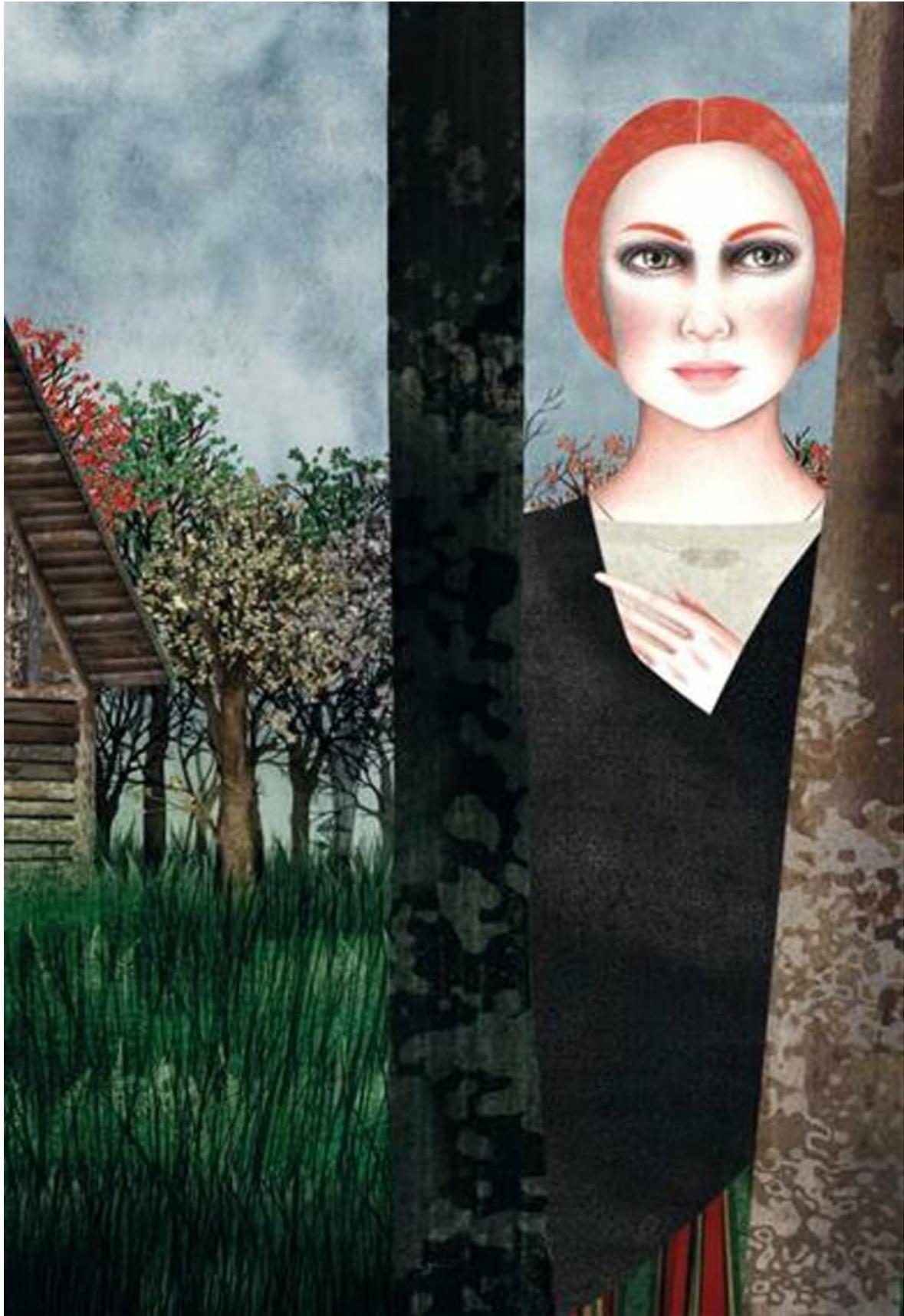
el sueño, profundo como el del labrador, comenzaba la otra vida de su esposa Aalo, celosamente oculta por el día, como los murciélagos y mariposas nocturnas que sólo al llegar la oscuridad despiertan de su letargo, o las flores noctámbulas que sólo se abren a la noche.

Y ésta era su vida nocturna, pues le pertenecía a la noche, a la Oscuridad y al Demonio.

Apenas advertía Aalo que su esposo Priidik se había rendido al sueño, sentía en su sangre los instintos de mujer loba, su otra naturaleza que durante el día está abatida sobre la tierra y ahora por la noche toma vigorosa el control.







Pues ella, bondadosa por naturaleza, era ahora sanguinaria y cruel; ella, que era tímida, se mostraba ahora audaz; ella, que era virtuosa, ardía ahora en deseos.

Cada noche daba rienda suelta a su nueva condición lobuna y mientras su esposo dormía, escapaba de su lecho conyugal a los bosques en forma de mujer loba.

Y allí, igual que en la noche de San Juan, siguiendo los designios de su corazón participaba en las excursiones nocturnas de los lobos y no había acto de sangre que horrorizara a su naturaleza, ni danza de los demonios en la que no estuviera presente, girando como un cristal de nieve con el aliento del Demonio.

Por las noches penetraba el Espíritu del Bosque y del Lobo vigoroso en ella y Aalo estaba dispuesta a hacer aquello que el *Diabolus sylvarum* le ordenase, se tratara de un saqueo o de un asesinato o de una blasfemia contra el Altísimo.

Pues de alguna manera misteriosa y prodigiosa, le pertenecía en cuerpo y alma al *Diabolus sylvarum*, como si hubiese establecido con él una alianza de sangre.

Y aunque casi cada noche participaba Aalo en el sábado de las brujas y corría por los bosques en forma de mujer loba, al principio nadie reparaba en su ausencia, porque siempre regresaba a su lecho junto a Priidik antes del canto del gallo. A ninguno de los aldeanos se le ocurría acusarla de la pérdida de sus cabritillas y corderos, sino que la culpa recaía sobre los lobos naturales.

Aunque el Señor en su infinita indulgencia permite a veces que Satán y sus ministros troten tan lejos como alcanza el ronزال, a su debido tiempo vuelve a aferrarse a la cuerda con mano firme y tira de ella con fuerza.

Y así, una mañana, aconteció que el tabernero de Haavasuo pasó por la cabaña de Priidik el guardabosques y, charlando, dijo:

«Ha vuelto a desaparecer la mejor de mis ovejas, la noche pasada me la despedazó un perro del bosque».

A lo que a su vez Priidik el guardabosques preguntó:

«Dime, querido vecino, cómo ha ocurrido semejante ruina».

Y el tabernero de Haavasuo contestó así:

«La pasada noche, cuando sentí balar en el redil, salí a mirar y vi a un lobezno del bosque abalanzándose sobre las ovejas. Busqué muy raudo el arcabuz y apunté al enemigo y debí de darle en la pata, pero la bestia ya había logrado su botín, y renqueando huyó al bosque».

Apenas hubieron brotado estas palabras de sus labios cuando Aalo, la esposa de Priidik, entró en la cabaña llevando un balde de agua y cojeando de la pierna izquierda, que estaba ensangrentada.

Como llevados por una orden, los ojos del tabernero de Haavasuo se detuvieron en la pierna de Aalo y dijo:

«Bien hubiese podido ser aquello un hombre lobo, pues a un licántropo no lo mata más que una bala de plata o el tuétano de un saúco en el corazón. La brujería de los hombres lobo ha alcanzado también Hiiumaa, pues se dice que Valber, de la aldea de Tempa, fue mujer loba y ahora anda presa en el calabozo y en las manos del verdugo».

Continuó hablando mientras miraba a Aalo y su pierna.

«Esta mañana, en la prueba de agua Valber salió flotando a la superficie, ligera como un ánsar o un junco, aunque sus manos y pies estaban atados en cruz, y cuando el verdugo le puso después los pulgares en el grillete, confesó que había deambulado en forma de lobo y que había estado en el Brocken. Y parece ser que en el bosque acudió a su encuentro un hombre negro, en un principio con el aspecto de un segador y luego ataviado a la tudesca, mientras ella estaba haciendo escobas, y le dio a probar una raíz dulce que en su boca primero sabía melosa como la miel, y luego amarga como las vísceras del Diablo, y después este hombre le entregó un cinturón de lobo que sacó de un agujero de topo bajo una roca».

Cuando Aalo escuchó el nombre de Valber, por un instante su rostro se tornó de piedra y le dio la espalda a los hombres.

Y a eso Priidik el guardabosques replicó:

«En verdad son éstas cosas tristes para los oídos de un cristiano, pero el conde de Suuremõisa aún posee en sus bosques álamos temblones para los hechiceros del Brocken. ¿Mas has visto tú alguna vez, mesonero, un cinturón de lobo?».

A lo que el tabernero de Haavasuo respondió:

«Escuchado sí, pero visto no. A veces está fabricado con la piel de un

perro de los bosques, otras con el pellejo de un ahorcado, y en él hay imágenes de las doce constelaciones del cielo. Y dicen que se engancha en la cintura de un humano con una hebilla de siete fibulas, mas si una de ellas se abre, así se disipa el encantamiento».

Y Priidik el guardabosques dijo:

«¡Ay, mácula del pecado original! Otros hay que repiten que no hace falta más que arrastrarse tres veces por la raíz de un árbol o correr tres veces alrededor de una roca, pronunciando un hechizo y el hombre lobo estará aquí».

A esto el tabernero añadió, negando con la cabeza:

«Cuando Valber fue amenazada con la hoguera y con morir abrasada en ella aún dijo: Si yo he de arder en la hoguera, en verdad que otros han de acompañarme. ¿Qué presagian estas palabras? Qué otra cosa sino que Valber no es la única licántropa en Hiiumaa, sino que sus hermanas aún corren en libertad».

A lo que Priidik el guardabosques preguntó:

«¿Cómo se puede distinguir a un hombre lobo, cuáles son sus marcas y señales, para precaverse de ellos?».

Y el tabernero de Haavasuo respondió:

«En verdad son los hombres lobo más pálidos de rostro que el común de los humanos, y a muchos las cejas les han crecido juntas, lo que se conoce como *el puente del Demonio*. Y se dice también que poseen lunares de bruja en el cuerpo, que son señales de las uñas de Satán, cuando éste se abalanza sobre el humano, quien no siente dolor aunque le pinches con una aguja de zurcir. Y a veces, cuando un humano ha sido encontrado muerto en su cama con una pequeña mordedura en su costado izquierdo, eso se trata de la obra de un hombre lobo y éste no se halla lejos».

Mas durante todo el tiempo que así hablaban los hombres, Aalo guardaba silencio, como el agua debajo de una tapa.

Pero antes de marcharse, el tabernero de Haavasuo suspiró piadoso y, estirándose, añadió:

«Ayúdanos, Dios Padre, pues igual que Josafat decimos: ¡No querrás juzgarlos! Este mundo está en verdad muy torcido, como el tejado del secadero de Mustapeksu, y el final de todo se halla próximo pues incluso los hijos de los hombres corren como cachorros del bosque».

Y con estas palabras se fue por su camino.

Pero cuando Priidik el guardabosques y su esposa Aalo se quedaron a solas en la cabaña, también él miró el tobillo de Aalo, como cavilando algo en su mente, y dijo:

«¿Qué le pasa a tu tobillo, mujer? Ayer así no estaba».

Aalo respondió sumisa, como era su costumbre:

«Me he golpeado el tobillo con una piedra afilada junto al pozo y, ¡mira!, sangra».







A continuación arrancó una tira de tela de lino y con ella se vendó la pierna herida para detener la hemorragia, y por esa vez no hablaron más sobre el tema.

Mas en torno a Aalo seguía habiendo una especie de círculo encantado, lleno de brujería y del misterio de Satán, que nadie había aún roto.

## 8

No mucho después, sin embargo, una noche de agosto sucedió que, cuando el tiempo de cosecha estaba próximo y las noches se tornaban más oscuras, Priidik el guardabosques despertó en su cama con un escalofrío. Mas, al palpar la manta hecha de piel de lobo, se percató de que yacía solo y de que el lugar de Aalo a su lado estaba vacío.

Un extraño estremecimiento le atravesó el alma igual que una sombra recorre una habitación que por un instante oscurece, y se persignó tres veces y dijo:

«Que Dios y sus ángeles sagrados la guarden, para que no le ocurra ningún mal, ni a su cuerpo ni a su alma, pues en verdad ésta es frágil como un cristal precioso, aunque su cuerpo sea joven y fuerte».

Pero el sueño ya no tocó más sus párpados, sino que veló con los ojos muy abiertos, esperando el retorno de su esposa.

Y por fin el gallo cantó en el corral y poco después en el del vecino y un tercero cantó más allá en señal de que ya había concluido la noche y la mañana era inminente.

Y en ese momento su esposa Aalo entró por la puerta y se encaminó hacia el lecho.

Mas Priidik el guardabosques, que pretendía dormir, abrió los ojos y dijo: «¿Dónde has estado, mujer? ¿De dónde vienes?».

A lo que Aalo replicó:

«He estado en el bosque de abedules reuniendo un haz de ramitas para la sauna, pues mañana es sábado y día de baño».

Desprendían su ropa y también su pelo el aroma del bosque y del romero silvestre y del musgo húmedo y del limo de los pantanos, embriagador y

vertiginoso, semejante a los ráspanos lacustres.

En sus fosas nasales sintió Priidik al instante ese olor extraño, como si el bosque con todos sus habitantes hubiese entrado, colmando la cabaña, y dijo:

«El día fue creado para las tareas del día, la noche para el reposo. ¿No has estado antes caminando de noche por los bosques?».

Mas cuando Aalo se recostó en la cama, a su lado, Priidik sintió con mayor intensidad el aroma de la espesura y del pantano, como si junto a él yaciera una bestia salvaje de los bosques, y no una joven mujer.

Y sintió que la rodeaba un misterio que él no podía desentrañar y en ese secreto su alma presentía un enemigo, como un animal adivina la amenaza de tormenta.

Y así apartó a su esposa, pues se extrañaba del olor desconocido, no lo aceptaba, y éste iba contra su naturaleza igual que un elemento ajeno.

Y dijo:

«¿De dónde viene el aliento del pantano que desprende tu cabello?».

A lo que Aalo respondió:

«Fui hasta el borde del pantano y allí recogí romero silvestre en el regazo de la falda, para hacer con él en casa agua curativa. Me habré colocado una ramita en el pelo».

Mas Priidik el guardabosques sentía el corazón gemir de dolor porque su esposa le mentía a la cara, y se incorporó, sentándose en el lecho, y dijo:

«¡Mientes, mujer! ¿De estar con los lobos es de donde vienes, no del pantano! ¿Dónde has estado?».

Mas como Aalo no respondiera, ocurrió como si la llamarada de un rayo atravesara su alma y gritó:

«¡Mujer, no será que por las noches corres en forma de lobo!».

Cuando hubo dicho esas palabras, Aalo comenzó a temblar ante la severidad con la que su marido perseguía la verdad.

Y Priidik cayó en la cuenta de que había cazado la verdad como en una trampa y gritó:

«Oh ¡mujer infeliz!, ¿has caído presa tú de quien tienta las almas? ¿Fuiste tú la que se llevó la oveja del tabernero? ¿Te has unido a los hombres lobo y a las brujas del Brocken?».

Y Aalo respondió:

«Desvarías o es que en ti no habla sino la borrachera».

Y Priidik contestó:

«Mujer, mujer, antes no sabías mentir, tus palabras eran como el *sí, sí* o el *no, no* de los justos».

Seguía examinándola.

«¿Vas con los lobos o no?».

A lo que Aalo por fin respondió:

«Aunque vague con los lobos y arda la sangre de lobo en mis venas, eso a los demás no les incumbe, pues la salvación o la perdición de mi alma es sólo asunto mío».

Y Priidik gritó:

«Así que lo confiesas, confiesas que eres una mujer loba, separada de los creyentes, ¡por ti murió Cristo en vano en la cruz!».

Y Aalo dijo:

«¡Escúchame, Priidik, pues mi pecho me quema cual brasa ardiente! Aunque durante el día estoy entre los hombres y tengo forma humana, apenas descende la noche, mi espíritu suspira por la compañía de los lobos y sólo en las entrañas del bosque me siento libre y feliz. Y así he de ir, pues pertenezco a la tribu de los lobos, aunque por ello arda en la hoguera, porque así fui creada».

Mas Priidik dijo:

«¡No ofendas, mujer, a tu Creador, pues has sido forjada en el molde de Satán!».

Pero cuando miró a su esposa Aalo y la examinó con detenimiento, no pudo encontrar en el semblante de esa hija de Satán nada indecente, ni la arrogancia propia de los duros de corazón, sino que aquella mujer a su lado se mostraba más bien huidiza como un animal del bosque y muy hermosa, al contemplarla con los ojos de un hombre.

Mas recordó que la belleza del rostro es con frecuencia un señuelo de Satán, como el sabio Sirácides advirtió: «Aparta el rostro, muchacho, de las mujeres hermosas, pues muchos se extraviaron por su belleza».

Así Priidik continuaba exhortando a su mujer Aalo, y añadió:

«¿Es esto lo que dice el lunar debajo de tu pecho cual ala de mariposa nocturna? ¡Oh, necio de mí por no haber caído en la cuenta ni prestado oído a

la advertencia! ¡Pues en verdad es un lunar de bruja y la huella del dedo del Viejo Perseguidor!».

A lo que Aalo replicó:

«No es un lunar de bruja, sino de mi madre, que cargándome en brazos se asustó por una llamarada cuando ardía el secadero y de ahí procede esta marca del fuego en mi pecho».

Priidik seguía, sin embargo, porfiando:

«En verdad Satán ya te marcó al nacer con su hierro candente, para distinguir así a los suyos».

Y continuaba examinándola severo.

«¿Cuando estás en el bosque, entra Satán en tu cuerpo?».

A lo que Aalo respondió:

«El Espíritu del Bosque viene a mí».

Y Priidik preguntó:

«¿En qué forma viene a ti, en forma humana o como lobo?».

Y Aalo respondió:

«Ni de hombre ni de lobo, pues no posee forma ni aspecto, mas es invisible y está en todas partes como un espíritu».

En su amargura Priidik dijo:

«¿Quién eres, mujer? ¡Habitan en ti dos naturalezas, una dócil, otra salvaje como una bestia del bosque, que por turnos gobiernan; una anhela sangre a la manera de los lobos y la otra es una mujer virtuosa!».

Su alma fue ensombrecida por una enorme oscuridad al pensar que aquellos miembros hermosos pudieran ser forzados por Satán para sus lascivos propósitos.

Así preguntó de nuevo:

«¿Bebes sangre con los mismos labios que a tu marido entregas y con los que tomas la Sagrada Comunión?».

Y Aalo respondió:

«Cuando soy una loba, hago pues actos de loba».

Mas en ese momento Priidik el guardabosques gritó con grandes voces:

«¡Que mis ojos hayan de ver a la misma mujer que por primera vez contemplé doncella entre las ovejas abalanzándose ahora sobre esas mismas ovejas en forma de licántropa y beber sangre inocente!».

Entonces se incorporó rápidamente, agarró el arcabuz que colgaba de la pared y, amenazando con él a su mujer Aalo, gritó:

«¡Aléjate de mi vista, ramera de los lobos! ¡Márchate con los de tu raza!».

Entonces las manos de Aalo se separaron del borde de la cama al que angustiada se había aferrado como quien zozobra en el mar, que se agarra a un pedazo de tabla cuando el agua de las profundidades empieza a arrastrarlo a su seno, y de la misma manera también su alma se separaba ahora y eternamente de la compañía de los fieles cristianos y de la protección de la Iglesia.

Y pasando junto a su marido se apresuró a salir por la puerta al patio, y de allí se internó en el bosque con sus hermanas y hermanos lobos y con ellos se alejó por senderos impracticables, hacia esas galerías que no son para humanos, sino para lobos y están ocultas por completo.

## 9

Pero, de ese viaje, Aalo ya no regresó después de que su marido Priidik, llevado por la ira, la arrojara a los bosques, sino que estuvo y se mantuvo en compañía de los lobos, como si Satán hubiese obtenido la victoria final en ese combate por la salvación del alma de una joven. Y esto llegó a conocimiento de todos, tanto en la parroquia de Pühalepa como en toda Hiiumaa: que Aalo, la esposa de Priidik el guardabosques de Suuremõisa, se había convertido en una bruja y en una mujer loba y, desde aquel día, el pueblo comenzó a llamarla *la Novia del Lobo*.

Y así, ahora, Aalo o la Novia del Lobo era una proscrita y sobre ella había recaído la maldición de la Iglesia, así que cualquiera podía perseguirla igual que se da caza a un animal del bosque, y dispararla impunemente allí donde pudiera encontrársela o incluso prenderla con una trampa como a una bestia del bosque, pues no gozaba de la protección de la Ley o de la Iglesia.

Mas al principio fue como si la espesura y los pantanos se la hubiesen tragado, o el *Diabolus sylvarum*, su Señor y Maestro, la hubiese ocultado con celo, pues durante mucho tiempo no se vio siquiera una huella suya.

Muy pronto, no obstante, comenzaron a extenderse por Hiiumaa noticias de extraños prodigios que no podían ser aclarados de manera natural, sino que parecían indicar como si un avispero del Infierno hubiera sido agitado y miles y miles de avispas malignas hubieran salido de él a toda prisa, repletas de furia.



Así sucedió que en Pühalepa, al igual que en Keina y Emaste e incluso más lejos, en Reigi, comenzó a desaparecer el ganado de los pastos y cada vez más vacas sucumbían en las ciénagas, cual si una fuerza invisible las hubiese conducido al marjal, aunque el pastor estaba a su vera. Y ninguna fuerza podía sacarlas del fango, aunque tiraban de los cuernos y con ayuda de cuerdas, pero las patas del animal estaban atrapadas en el pantano por poderes de brujería que tiraban de ellas hacia abajo. Y de la misma manera, en varias aldeas empezó la leche de vaca a cambiar de un modo sumamente extraño y desconsolador, que ya no se mantenía en ningún recipiente, ni en cuenco de madera ni cántaro de barro o platillo, sino que comenzaba a agriarse enseguida y a descomponerse y a llenarse de gusanos vivos y de lagartijas, como si hubiese sido pronunciado un encantamiento.

Y muchos otros signos del poder de Satán y de la brujería fueron observados para terror de los cristianos.

Y así, en las tierras de Suuremõisa había un hombre tan hechizado que creía que en cada enebro se ocultaba un demonio vivo y no se curó de su furia hasta que una espada descubierta y un puñal fueron colocados contra su hueso sacro.

Y en la aldea de Värssu una vaca dio a luz a un becerro con dos cabezas, pero patas tenía tres pares a los lados, como un coleóptero.

Y en Hiiumaa fueron muchos los que en toda esta confusión sólo veían signos de que un alma humana perdida aún vagaba entre los lobos, haciendo compañía a las bestias del bosque y olvidando así sus deberes de cristiano y su participación en la gracia.

Y como que a principios del otoño comenzaron a circular rumores de que la Novia del Lobo se había mostrado por ahí y por allá a viandantes solitarios que se habían perdido en los bosques inhabitados de Kõpu. Mas ninguno de ellos la había visto de cerca, ni de cabeza a los pies, sino que únicamente la habían atisbado un instante, como un rayo de sol se vislumbra en el bosque y luego desaparece. La mayoría de las veces se manifestaba con aspecto humano, pero otras como loba, y así la habían visto, ora en los pastos próximos al ganado, ora en los bosques y pantanos, pero nunca en las proximidades de un asentamiento humano, éstos los evitaba. Un día, un cazador de focas que en agosto había estado disparando desde los farallones, relató

que había avistado, al borde del agua en Kõrgessaare, lo que asemejaba ser una joven foca tomando el sol, pero de pronto este supuesto ser acuático se había puesto de pie de un salto y se había internado en el bosque, y así supo que había visto a la Novia del Lobo. Pero muchos de los que atravesaban el bosque se habían decepcionado enormemente, pues habían creído ver el cabello encarnado de la Novia del Lobo destellando entre los árboles, mas, al aproximarse, se habían percatado de que se trataba tan solo del flanco de un pino o de un enebro quemado. O porque confundían la corteza blanca de un abedul del pantano con el talle pálido de una mujer.

Y muchos mozos jóvenes de las aldeas de Pühalepa trataron en varias ocasiones de dar caza a la Novia del Lobo con lebreles entrenados, igual que se persigue a un lobo o a un zorro. Pero, aunque los perros olfateaban su rastro y conseguían ponerla en fuga, no la alcanzaban, pues era de piernas ágiles y el *Diabolus sylvarum* o Espíritu del Bosque velaba por ella como por su protegida. Y aquellos que la habían visto correr delante de sus perros insistían obstinados en que, de repente, cuando se veía en un aprieto, se echaba un pellejo de lobo por encima y así, en forma de lobo, salvaba su vida. Otros decían que la Novia del Lobo podía transformarse de repente en un tocón podrido o en una pasarela sobre un pantano, y de esta guisa se mofaba de sus perseguidores gustosa cuando pasaban sobre ella. Y todo esto estaban dispuestos a testificar si les aceptaban *ad sacra* o en el Sagrado Sacramento.

Pero con qué alimentaba la Novia del Lobo su cuerpo y se protegía del frío mientras caminaba en forma humana, eso nadie lo sabía. Unos decían que encontraba sustento en las bayas y raíces del bosque y que dormía por las noches en viejos hornos de cal y fosas de brea. Otros (y el número de éstos era mayor) creían que moraba en las guaridas de los lobos y que éstos le llevaban comida fresca, igual que a su camada, cuando no la buscaba ella misma transformada en licántropa.

Y así toda Hiiumaa estaba repleta de historias sobre la Novia del Lobo, y nadie podía dotarlas de mayor sentido, aunque el furor de la gente y la impaciencia eran grandes.

Pero una vez, mientras dos hombres de la aldea de Hillikeste estaban sentados en una pradera, delante de un henil, de un pimpollar por detrás del henil salió furtivamente un lobo con una pequeña mancha blanca en el pecho.

Pero este lobo no tenía las maneras de los lobos, sino que había algo

extraño en sus movimientos, y ambos hombres se percataron al instante. Esa bestia del bosque no rehuía tampoco la mirada humana, sino que se acercó bastante al henil donde se hallaban los aldeanos, y se sentó a los pies de un abeto bajo y amplio, igual que un perro.

Uno de los hombres de Hillikeste le dijo al otro:

«Aquí hay algo que no cuadra, en verdad ese lobo no es sino Aalo, la mujer del guardabosques, ¡la Novia del Lobo! ¿Acaso no llevaba Aalo siempre un pequeño broche plateado en el pecho, donde ese lobo tiene la mancha?».







El otro hombre dijo:

«Ofrécele pan y pronto veremos si es una mujer loba o una bestia del bosque».

Y así, con la punta del cuchillo, el primero le tendió al lobo un mendrugo de pan.

Pero el lobo atrapó con gran rapidez tanto el pan como el cuchillo entre los dientes y se adentró de nuevo en la espesura de la que había salido.

Otra vez vieron a la Novia del Lobo cerca de sus pastos, donde el pastorcillo guardaba el ganado. Mientras el zagal estaba junto al fuego asando sobre una piedra unos arándanos encarnados, vio a Aalo, su patrona, de pie a su lado.

Tenía Aalo un aspecto muy triste y preguntó al pastorcillo:

«He escuchado llorar a la pequeña Piret, ¿por qué lloraba mi niña?».

Y como el pastor aterrorizado no respondiera, Aalo sacó un hilo de su pecho, en el cual había enhebrado dientes de lobo cual cuentas de un rosario, y dijo:

«¡Llévale este juguete a mi niña!».

Mas el zagal se asustó como si Mardus, el Espíritu de la Muerte en persona, hubiera aparecido, saliendo del bosque (pues de Mardus ningún mortal ha escuchado más que su voz), y raudo, recogió el ganado y lo condujo hasta la verja de la granja.

Pero cuando se presentaba el invierno con sus nevadas y dunas de nieve, los lobos causaron estragos en Hiiumaa como jamás había acontecido antes en invierno. Era como si en los cerebros de los lobos habitara la inteligencia humana, pues los animales corrían juntos en fila, atravesando la nieve profunda, pisando en las huellas dejadas por las patas del que los precedía, manteniendo así su número en secreto. Y tan grande era su astucia que escarbaban con sus garras bajo las paredes de los rediles de las ovejas, y de esta manera traicionera robaban la oveja, incluso cuando los postigos estaban bien cerrados.

Y así en todo lo que durante ese invierno acometieron mostraban los lobos un vigor extraordinario, pero también raciocinio, de modo que era sencillo comprender con qué fuerza mantenían conexión y quién era su auténtico líder.

De todos esos extraordinarios presagios, las gentes de Pühalepa y de toda Hiiumaa culpaban a la Novia del Lobo, a Aalo, la mujer de Priidik, porque le permitían vagar por los bosques en libertad y practicar sus encantamientos, cuando con aspecto de lobo, cuando en forma humana, y de ese modo era una abominación para todos los cristianos, atrayendo la ira del Señor sobre Hiiumaa.

Por esa época ocurrió también que Valber, la mujer de la aldea de Tempa, sobre quien Dios y el Elemento del Agua habían públicamente demostrado que era una bruja y una mujer loba, comenzó a insistir junto con su marido en que la cuerda que la sostenía en la prueba del agua era demasiado corta, por lo cual no se había hundido hasta el fondo, aunque era inocente. Y también negaba todo lo que había confesado *ad oram* bajo tortura y reclamaba una nueva prueba de agua y un nuevo juicio de Dios.

Pero sobre la Ley de Suecia y sobre aquellos que la blandían no se podía decir como aquel Burlón y Zoquete:

«A sus Tribunales fui,  
con angustia, marginado,  
encontré allí a la Mentira,  
con piel de marta asentada,  
y a la Injusticia  
con piel de zorro vestida»,

sino que todos, nobles y humildes, habían de ser pesados con la balanza de la Justicia.

Y ninguno de los súbditos de Su Graciosa Majestad, la reina Cristina, podía acusar a las autoridades de un juicio injusto, y así llegó la orden de que la mujer Valber había de ser sometida una segunda vez a la prueba del agua.

Pero, cuando por segunda vez flotó en el agua como un pato y todos pudieron ver que no habría de escapar de la hoguera, ella montó en cólera y le gritó a su verdugo y al pueblo que había acudido al lugar para ser testigo de ese juicio de Dios:

«¡Podéis quemarme a mí, pero ¿dónde está la Novia del Lobo que conmigo corría la noche de San Juan en forma de lobo?!».

Y a partir de ahí se levantó entre los aldeanos un intenso murmullo de

descontento contra la Novia del Lobo, de tal modo que muchos acudieron a quejarse personalmente al anciano mariscal Jacobus de la Gardie, señor de Hiiumaa, como también a Olaus Duncan, párroco de Pühalepa. Y como las quejas resultaran interminables, Olaus Duncan tuvo por fin que escribir en persona al señor obispo Ihering a Tallin, relatando los asuntos insólitos y espantosos que estaban sucediendo en Hiiumaa por voluntad de Satán y sus demonios.

Pero la indignación y el encono hacia la Novia del Lobo no hacían más que crecer, porque pasaba el tiempo, y muchos de los aldeanos se pusieron de acuerdo para que ésta no hubiera de obtener clemencia si se la atrapaba, bien en forma de lobo o en forma humana.

Pero la Novia del Lobo estaba y se mantenía desaparecida, igual que el rocío de la lluvia que cae en arenas movedizas.

## 10

Mas una noche, a principios del otoño, antes de que llegara la época de las nieves, en el mes del aguardiente (pues así llama el vulgo al mes de octubre), Priidik el guardabosques se despertó de nuevo en su lecho solitario al escuchar a los perros en el patio cada vez más inquietos.

Y creyendo que los lobos trataban de entrar en el redil de las ovejas, se levantó de la cama. Por la ventana en el espeso cielo sólo vio la luna nueva, fina y curvada como el borde de una uña, que iluminaba tenuemente, de modo que la noche no estaba totalmente oscura.

Y creyó que el filo de los cuernos de la luna vaticinaba heladas y la llegada del invierno, y recordó a su esposa Aalo, que había quedado a merced del frío y la helada, pues en ella pensaba día y noche.

Al cabo de un instante, el revuelo de los perros volvió a irritarlo, de modo que Priidik el guardabosques saltó de su cama por segunda vez y abrió la puerta con la intención de salir al patio.

Entonces, en la pálida luz de la luna le pareció distinguir a un gran lobo gris, que pasaba a su lado, precipitándose en el interior de la cabaña, con el ladrido de los perros en los talones.

Y raudo cerró la puerta para que los chuchos, gruñendo y ladrando amenazadores, no entraran, y un viejo sortilegio surgió de improviso en su mente. Tomó un cacharro de hierro de la cocina, lo arrojó sobre el lobo y dijo: «¡Aalo!».

Y cuando a su esposa llamó por el nombre de pila que le había sido otorgado en el Santo Bautismo, el conjuro lupino se deshizo y de pronto Aalo se encontraba frente a él, en forma humana, pero completamente desnuda, como recién salida del baño. La piel de lobo se le había caído al suelo,

enredándosele entre las piernas, cual crisálida de una mariposa.

Y Aalo tenía un aspecto dulce y suave, igual que aquella vez, cuando siendo una joven doncella bañaba a las ovejas en verano en la isla de Kassari, mientras Priidik el guardabosques la contemplaba en secreto al abrigo de una gran roca. Y tenía forma humana, su cuerpo era blanco, excepto por la marca de bruja debajo de su pecho izquierdo, y su pelo no lo cubría un pañuelo y había vuelto a crecer, caía libre como la melena de una doncella, y era encarnado como la corteza de un pino oscuro.

Sus cejas mostraban un extraño resplandor y una gran blancura, y su boca sonreía entreabierta cual concha de ostra perlífera, como si sus labios jamás hubiesen rozado la sangre.

Y Priidik se encontraba como atado con una cuerda a la cama o paralizado, de manera que no podía mover un solo miembro o abrir la boca para hablar.



Tampoco sabía si se trataba de una visión que se le rebelaba o estaba despierto y miraba todo aquello con sus ojos corporales, pero se sentía muy maravillado y lo invadía una enorme felicidad.

Y escuchó a su esposa Aalo preguntando con voz humana:

«¿Cómo está la pequeña Piret?».

Al poco se inclinó ésta sobre la cuna, tomó con suavidad a la niña en brazos y la puso junto a su pecho.

Y Aalo se sentó en el banco junto a la ventana, donde cientos de veces se había sentado, y cantó a su pequeña:

«Madre, madrecita mía,

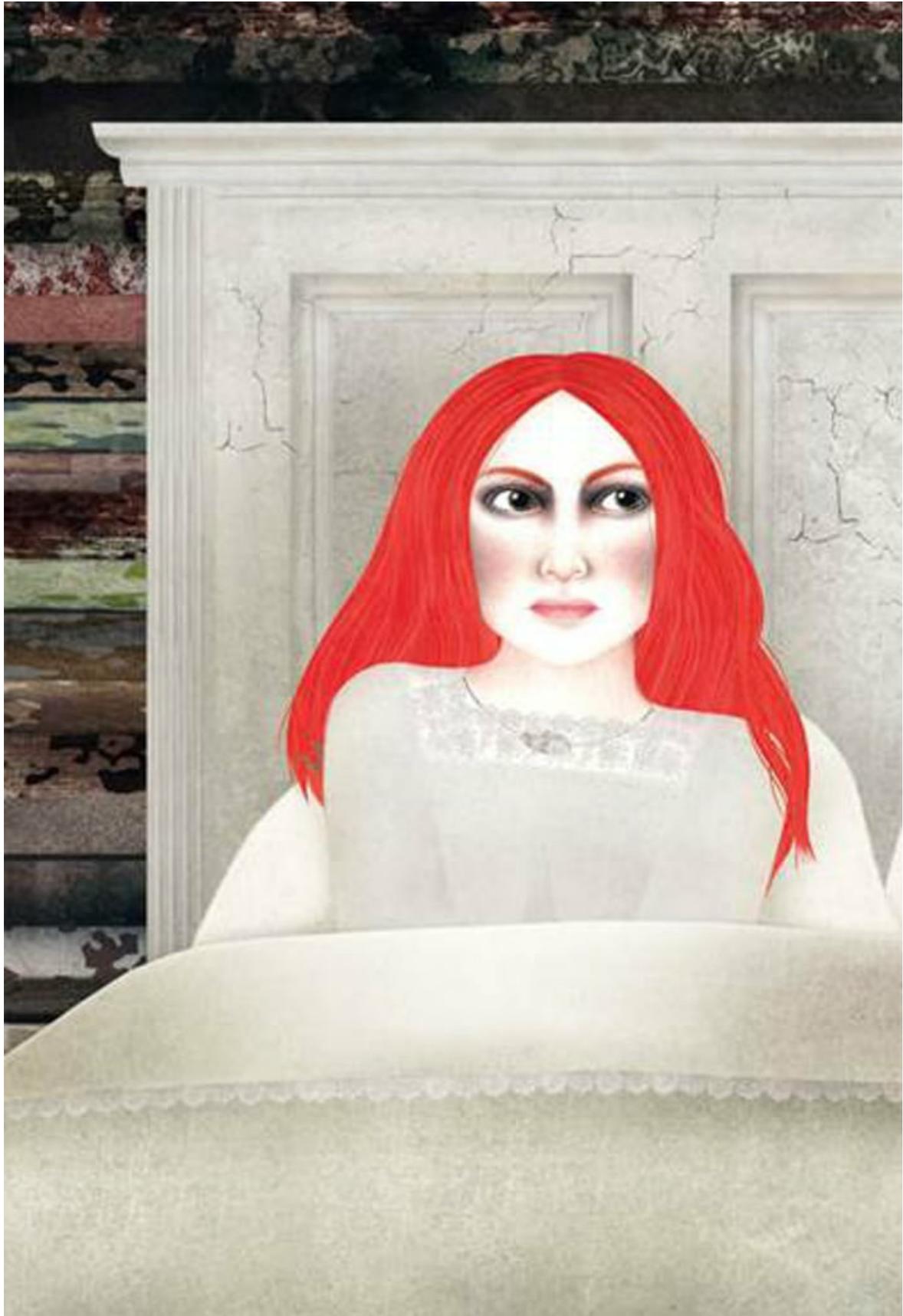
dale el pecho a tu pequeña,  
Judas a tu niña amamanta  
con leche de yegua por la mañana,  
una varilla de huso por la tarde,  
y lágrimas al descender la noche».

Y Priidik pensó para sus adentros:

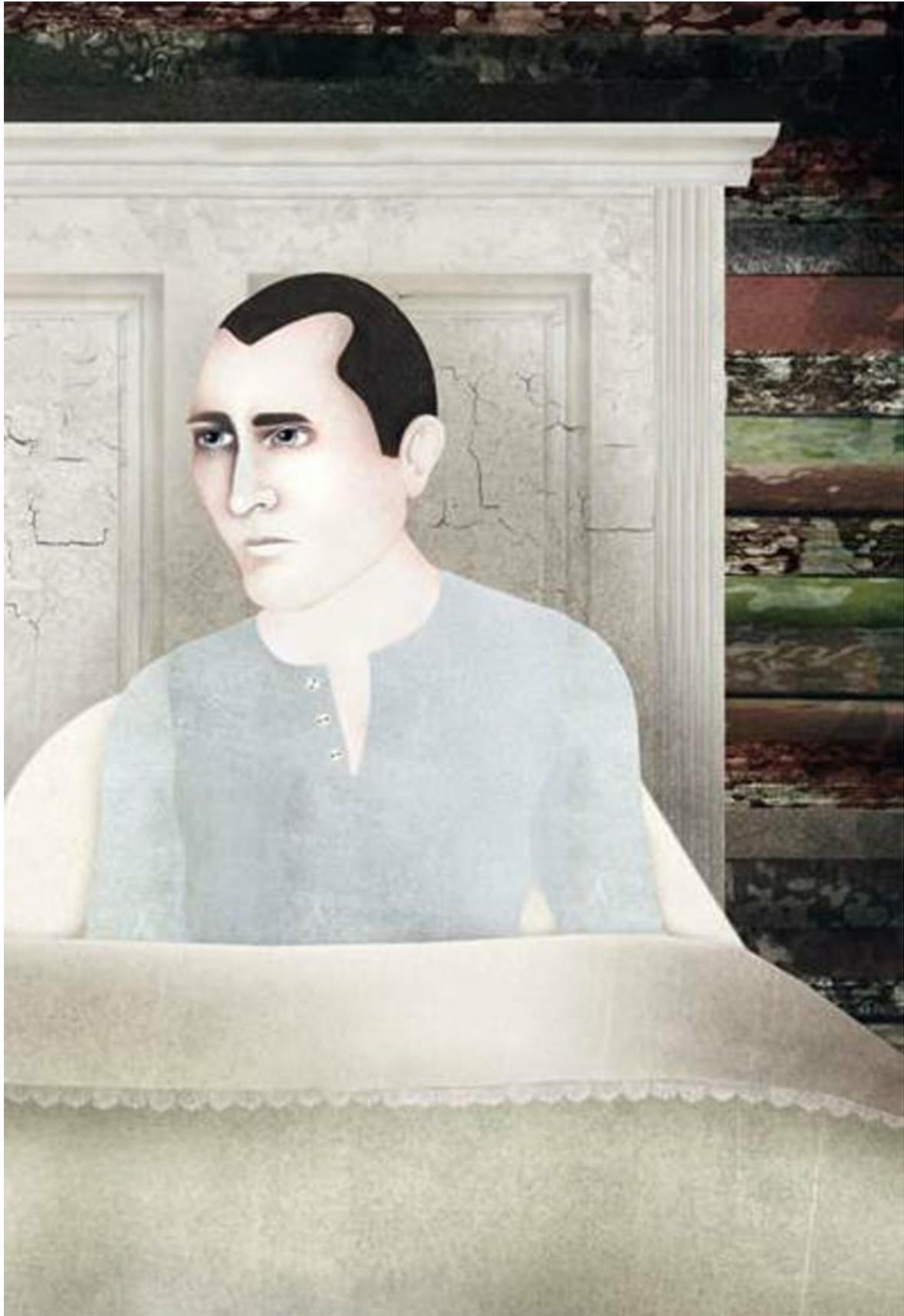
«¿Cómo puede seguir amamantando a su hija, acaso su pecho no se ha secado?».

Pero no pudo pronunciar palabra, pues su lengua estaba entumecida.

Y cuando Aalo hubo alimentado a la pequeña hasta que la niña quedó satisfecha, la apartó del pecho y la devolvió a la cuna.







Después preguntó:

«¿Cómo estás, querido Priidik? ¿Están tus camisas indemnes?».

Y antes de que Priidik alcanzara a abrir la boca para responder, Aalo ya había tomado el costurero y sacado hilo y aguja, y comenzó a remendarle la camisa a la luz de la luna nueva, sentada aún en el banco.

La luz pálida de una luna que todavía no iluminaba con fuerza, le revestía los hombros y los pechos de plata, y su joven cuerpo parecía puro, plata pulida.

Cuando hubo remendado la camisa, la posó sobre el banco y con ojos dulces miró a su marido Priidik, y parecía sonreír en la penumbra, y dijo:

«¿Cómo estás? ¿Hace frío en tu lecho?».

Toda la noche hasta abrir el alba se abrazaron el uno al otro con melancolía y cariño, como si jamás hubieran estado separados.

Pero cuando el gallo cantó por primera vez, Aalo se había desvanecido, igual que una visión nocturna.

Mas de todo aquello, Priidik el guardabosques no relató una palabra a nadie, porque no habría podido jurar con la mano en el pecho y por la salvación de su alma si se había tratado de una visión nacida de los sueños o era acaso el reflejo de su anhelo.

# 11

Cuando desde aquella noche de octubre habían transcurrido exactamente nueve ciclos de luna, y la primavera y posteriormente el verano habían llegado a Hiiumaa, y en Pühalepa era tiempo de cosecha, ocurrió una noche que la sirvienta que en casa de Priidik el guardabosques cuidaba a la niña escuchó gemidos silenciosos al otro lado de la verja.

Y cuando se acercó a mirar, vio a una mujer detrás de la valla, desfallecida por el cansancio, a punto de desplomarse sobre la tierra, presa de una gran carga, que se lamentaba, dominada por un gran dolor.

Y en esta mujer miserable reconoció a Aalo, la esposa de Priidik el guardabosques, su anterior patrona, y vio que tenía forma humana, era ella en carne y hueso, no con la piel de lobo, y que en ese preciso momento estaba alumbrando y que los dolores del parto habían ya comenzado.

Mas en un principio no supo la sirvienta qué hacer, pues Priidik el guardabosques no se hallaba en casa, sino en la cosecha, como el resto de los aldeanos.

Y Aalo le rogó, diciendo:

«En el nombre de Cristo, apiádate de mí y calienta la sauna, pues en verdad me encuentro con grandes dolores».

Aalo estaba cubierta de harapos de la cabeza a los pies de modo que su piel desnuda se traslucía, pues los andrajos estaban a punto de desprenderse. Y de la belleza de su rostro no había trazas: el frío, las ventiscas y el viento seco de la primavera la habían borrado por completo, igual que el agua de la lluvia destiñe un color. Y su tez clara estaba agrietada e hinchada, sus piernas con heridas sangrantes y toda su figura era una visión deplorable.

Y así la sirvienta, que era piadosa y temía al pecado y a la brujería igual

que al aliento de un dragón, luchó en su interior, pues una voz en su conciencia le ordenaba furiosa que arrojara a esa licántropa a la espesura del bosque y a la noche, de donde había venido, y que no tocara con la mano a esa maldita del Señor. Pero otra voz la exhortaba a tener compasión de la miseria del prójimo al igual que el buen samaritano. Y así por fin calentó la sauna, aunque en verdad temía estar ayudando a la brujería y a las fuerzas de Satán.

Pero apenas se había sentado Aalo en los bancos de la sauna y la sirvienta había alcanzado a arrojar la primera agua sobre las piedras calientes de la estufa, cuando comenzaron a aparecer mujeres del pueblo a quienes, por su avanzada edad, las labores de la cosecha habían dejado en casa, pues el pastorcillo había llevado la noticia a la aldea.

Y así cinco o seis de las mujeres más viejas irrumpieron en el patio cual bandada de cuervos graznando, y durante un instante mantuvieron allí parlamento.

Después, varias de ellas penetraron en la sauna, otras se mantuvieron en el patio, ya que todas no cabían dentro.

Y así comenzaron al instante a reprender en voz alta y a atormentar a la parturienta, que en las gradas de la sauna reposaba los dolores del parto.

(Mas ésta es una vieja costumbre del vulgo, que hay que atormentar a la parturienta para que reconozca sus pecados).

Y la más vieja de las aldeanas dijo:

«¿Por qué no te quedaste en la madriguera de los lobos, donde pasaste el invierno? ¿Qué buscas entre los hombres tú, mujer loba?».

Otras la acometían abiertamente con su cólera:

«¿Reconoces a bien tus pecados, ramera del lobo? ¿Dónde concebiste el engendro del fuego, en el pantano o en la tierra firme?».

Y Aalo respondió con voz débil:

«Callad, ya que nada os diré a vosotras».

Mas eso no hubiera debido decirlo, pues la cólera de las viejas no hizo sino aumentar, como si con un cazo hubiesen arrojado agua sobre las piedras ardientes de la sauna.

Una de las aldeanas la amenazó:

«Si a nosotras no nos hablas, bien les hablarás a otros, en cuanto te entreguen a manos del verdugo y te sometas a la prueba del agua, Novia del

Lobo. ¿Acaso no testificó contra ti la mujer Valber en la pira? ¿Cómo en el instante de su muerte habría de cargar con una mentira su alma?».

Y otra más atrás dijo:

«¡Recordad mis palabras! ¡¿Por qué Aalo, la del guardabosques, se demoraba siempre en la iglesia, si no es para conseguir una hostia bendita, que es el auténtico cuerpo de Cristo, y con ella hacer su magia?!».

Y Aalo, entre dolores, respondió con una voz aún más débil:

«Idos, idos, dejadme morir aquí».

La más vieja de las mujeres del pueblo se inclinó sobre Aalo y dijo seria:

«Lo creas o no, así será, que tu hijo no saldrá de tu seno, Aalo, ni tú te liberarás de los dolores antes de que hayas confesado todo. Y yo en verdad sé bien de lo que hablo, pues he ayudado a parir a hijos de tres pueblos y recibido la confesión de muchas miserables pecadoras. Reconoce por las buenas de quién es tu hijo y te liberaré de los dolores, porque para ello conozco los conjuros y encantamientos».

Y las demás la secundaron a coro:

«¡Reconoce con quién corrías en el bosque, mujer loba! ¡Un vástago de lobo has concebido, no el hijo de un hombre!».

Pero Aalo sólo susurró:

«¡Oh, este cáliz de dolor!».

Pero apenas había llegado su hora y nacido el niño cuando Priidik el guardabosques, que había regresado a casa de los campos de heno, abrió de pronto la puerta de la sauna y vio a su esposa Aalo descansando con su recién nacido, y a las mujeres del pueblo a su alrededor.

Al verlo, emitió Aalo un débil sonido, pero no dijo nada.

Su marido Priidik, sin embargo, la miró con dureza y frialdad, como a una completa extraña y total desconocida, y la penumbra de su rostro no contenía reconocimiento o compasión, pues en aquel momento su recuerdo había sido oscurecido y su corazón estaba empedernido hacia su esposa Aalo. Y en ese instante olvidó por completo que una vez había albergado cariño hacia aquélla, y la había llamado suya, tan grande era ahora la amargura de su ira y su deshonra, suponiendo que su esposa Aalo había concebido un niño en el bosque, entre los lobos.



Pero Aalo alzó al niño hacia él, suplicando compasión, y dijo:

«¡Priidik, diles que este niño que he cargado con dolor es tuyo!».

Al mismo tiempo, una de las mujeres lo miró y lanzó un chillido:

«¡Es el niño cambiado de un lobo! ¡Mirad, la marca de bruja bajo su pecho!».

Priidik respondió tibio:

«¡En verdad no te conozco ni a ti ni a tu bastardo!».

Y tras pronunciar estas palabras, se dispuso a marcharse de la misma manera en que había venido.

Pero en la puerta se dio la vuelta y dijo:

«¡Al bosque fuiste, el bosque te ha llevado y casada con el bosque estás y en el bosque buscaste también a tu hijo, Novia del Lobo!».

Y Aalo dijo:

«Priidik, Priidik, ¿acaso no recuerdas la noche de octubre cuando a tu lado yací?».

Pero Priidik ya se había marchado y había cerrado la puerta tras de sí.

Y Aalo gritó tras él:

«¡Si he de morir aquí con mi pequeño, recuerda, Priidik, que no hallaré la paz, ni tú tampoco, pues mi espíritu habrá de vagar errante!».

Ésas fueron las últimas palabras que Aalo pronunció en esta vida.

Cuando las mujeres del pueblo vieron que Aalo había sido abandonada a su merced, y que no habría de esperar ayuda o gracia de ningún lugar, ni de su propio marido, su enfado se transformó en furia, pues ahora sabían que la victoria era suya, y largo tiempo habían esperado esa hora y ese momento.

Al mismo tiempo, empezó a congregarse en el patio más y más gente, pues al llegar la noche los aldeanos habían regresado de la cosecha. Ahora entre ellos había muchos hombres y gente más joven, incluso niños, pues se había extendido la noticia de que la Novia del Lobo, Aalo, la mujer de Priidik el guardabosques, había vuelto a casa.

Al principio se limitaron a aguardar de pie en el patio y miraban hacia la sauna, sin realizar acción alguna.

Pero las mujeres de la sauna comenzaron de nuevo a molestar a Aalo malignamente:

«¿Dónde está mi vaquilla de dos años, mujer loba?».

«¿Dónde está mi oveja?».

«¿Adónde te llevaste el borrego de mi rebaño?».

Y así, entre el gentío que estaba fuera, que seguía creciendo, comenzó a elevarse un murmullo amenazador que no presagiaba nada bueno. Porque las artimañas de Satanás, con las que durante el invierno había atormentado Hiiumaa y se había burlado abiertamente de su población cristiana, estaban impresas en la memoria de cada uno.

Y nadie albergaba la menor duda de que la raíz de toda esa extraordinaria locura, de la cual había brotado el mal, no se hallara en la sauna de Priidik, al alcance de su mano.

De suerte que ahora pululaban en el patio en gran número, dirigiendo furtivas miradas hacia la sauna, y sus ojos de repente contenían miedo y rabia. Pues conocían con exactitud los trucos y artimañas que emplean las brujas y sus señores del Infierno, y que para ellos no existía nada imposible.

Varios niños que había entre ellos correataron hacia la sauna, para asomarse por la ventana, y retrocedieron como si las llamas hubiesen alcanzado sus talones.

Y gritaron:

«¡Perra del bosque! ¡Cachorro del bosque! ¡Mujer loba!».

Mas de pronto, una de las mujeres que habían quedado en la sauna abrió la puerta y gritó a la masa de hombres que aguardaban en el patio:

«Es un pecado y una vergüenza que algo así se permita en Pühalepa. ¡El niño tiene la marca de bruja bajo el pecho, como su madre! ¡Quemad a la mujer loba con su cachorro, antes de que a hacer más daño alcance!».

Mas durante un instante nadie se manifestó al respecto.

Con lo cual la mujer se aproximó, situándose en el centro de la muchedumbre, y gritó:

«¡La obra del fuego ha de ser castigada con el fuego!».

Y aún gritó:

«¿No toleraréis que el niño cambiado de un lobo habite entre los hombres? Aquel que se convierte en hombre lobo se vende a Satanás en cuerpo y alma. ¿Acaso no es ella una proscrita? ¡Recordad a Valber, de la aldea de Tempa!».

Con lo que un hombre que estaba más lejos dijo:

«Tiene razón. Aquí están en peligro la Iglesia y la doctrina de Cristo y toda la salvación de Hiiumaa!».

Y uno de los hombres más jóvenes gritó entonces:

«¡Quemad a la bruja del Brocken! ¡Prended fuego a la sauna!».

Y así se escucharon gritos aislados: «¡Quemad a la mujer loba!», pero nadie alzaba aún la mano.

Entonces la misma mujer regresó a la sauna y salió corriendo al patio sosteniendo un tizón ardiente en la mano, que había tomado de la estufa de la sauna, y con ella otras aldeanas.

Blandía el tizón sobre su cabeza para que todos lo contemplaran, y saltaban chispas.

Y como si la visión del fuego hubiese encendido las mentes de las gentes, éstas empezaron a correr por el patio de un lado a otro y a acercarse a la sauna, muchos de ellos aún gritando:

«¡Quemad a la loba! ¡Quemad a la bruja del Brocken!».

(Mas Priidik el guardabosques ya no se encontraba cerca, pues, apenas había abandonado la sauna, se había internado en el bosque, lejos, con el alma en pena).

Y ahora, algunos de los mozos bloquearon la puerta de la sauna, y uno de ellos agarró un tizón y lo lanzó sobre el techo de paja seca de la sauna, que se prendió, causando enorme humo y llamaradas, como una gavilla de paja.

No había pasado más que un breve instante cuando la sauna entera se hallaba envuelta en llamas como una pira. Y el fragor del fuego era tan intenso que no se escuchaba ningún lamento procedente de su interior.

Apenas se había encendido la sauna cuando a los allí presentes en el patio les pareció escuchar un aullido de lobo lejano; era éste al principio débil, pero luego se aproximaba con rapidez.

Y tales aullidos eran largos y sumamente dolorosos, tristes y lastimeros, como si con ellos los lobos expresaran en alto su pena.

Se alzó al mismo tiempo una gran tempestad y, procedente de la espesura que circundaba la cabaña del guardabosques, se escuchó un gran ruido semejante al bramido de aguas profundas en los rápidos o al murmullo de las copas de los abetos, cuando los vientos de tormenta las agitan de un lado a otro.

Y éste era ciertamente el rumor de los tambores del Infierno y el asalto de las tropas de las Tinieblas.

Así, alguien del grupo dijo aterrado:

«¡Guardad, Satán llega con sus siete espíritus más malignos y nuestra situación habrá de ser aún peor!».

Y estos alaridos de los lobos y el ruido del bosque persistieron mientras la sauna estuvo ardiendo, algo menos de una hora, pues, durante ese tiempo, la sauna quedó reducida a cenizas, ardieron hasta los cimientos, de manera que ya no quedó otra cosa visible de ella que las piedras de la estufa.

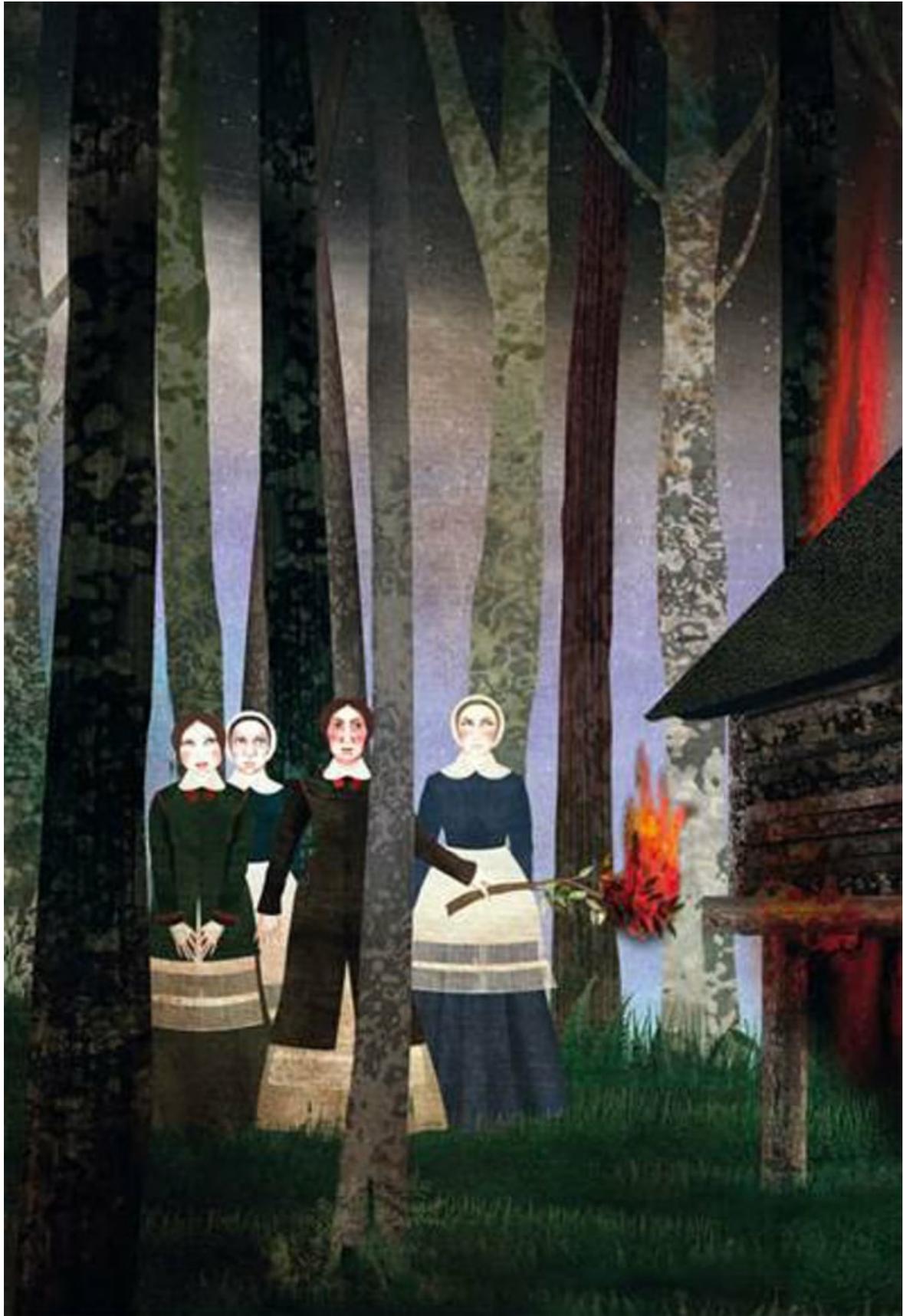
Porque está escrito: *Homo homini lupus*.

Y así Aalo, la esposa legítima de Priidik el guardabosques de Suuremõisa, licántropa y Novia del Lobo, halló su muerte con su hijo recién nacido en el incendio de la sauna, que para brujas e hijos de Satán ha sido preparado, para que su existencia carnal el ardor del fuego purifique, y que con la semilla de la peste no carguen ellos o sus descendientes.

## 12

Mas aún ha de ser proclamada la Gloria de Dios, que con su luz reluzca brillante como las velas de Navidad en la lámpara de la iglesia de Pühalepa, y que todos sean testigos de la derrota de los demonios y de su Señor, porque con feroces lamentos tuvieron que soltar su presa, sobre la que habían abatido sus tridentes.

Así Priidik, el guardabosques de Suuremõisa, después de que todo esto aconteciera en la explanada de su cabaña, sintió remordimientos de conciencia. Y una gran agonía lo invadió por no haberse apiadado en su momento de su esposa Aalo, sino haberla expulsado de su hogar, y abandonado a merced de las manos furiosas del pueblo, y así permitido que pereciera en el fuego de la sauna, mientras él estaba oculto en el bosque.







Y a partir de ese momento el sueño de los inocentes no volvió a visitar su cuerpo, y su conciencia velaba noches enteras y no se adormecía, sino que con saña lo martilleaba como la carcoma el extremo de un tronco. De noche le parecía ver incesante a su mujer Aalo, y su cabello rojizo mezclándose con las llamas en el fuego de la sauna, de modo que cabello y flamas formaban un solo y único fuego.

De la misma manera creía también divisarla continuamente en el fuego eterno que nunca se apaga, sino que de eternidad en eternidad abrasa al pecador miserable, y éste implora en vano una gota de agua que humedezca su lengua igual que el hombre rico imploraba a Lázaro en el seno de Abraham.

Y su mente meditaba sin cesar sobre la salvación o condena de su miserable alma, como si cargara en solitario la culpa de aquello.

Y también se decía a sí mismo:

«En verdad imaginaba mi espíritu afligido la ilusión de que mi esposa Aalo, una noche del mes del aguardiente a mi lado había yacido. Pero si el hijo que con su madre pereció en el fuego era mío y no de Satán o sus lobos, entonces en verdad he impulsado su muerte y a mí han de llamarme asesino».

Era la angustia de su alma enorme, y no sabía qué hacer para aliviarla.

En esto ocurrió que Priidik el guardabosques volvió a ir desde Pühalepa a la isla de Kassari, y al igual que aquella vez, escuchó sobre la loma que atraviesa la isla, en el promontorio, los balidos de un gran rebaño en peligro.

Pero al aproximarse no avistó a pastor ni perro, sino a un gran lobo que sobre la oveja más orillada se abalanzaba y la destrozaba sobre la tierra. Y en su estupidez, las otras huían sólo un par de pasos, se giraban y, al modo de los borregos, comenzaban a mirar fijamente a su enemigo, como un ave contempla a una fascinadora serpiente, pero no se les ocurría alejarse más. Y el lobo dejaba a su primera presa allí mismo, antes de alcanzar siquiera a desgarrarla, y atrapaba otra oveja del rebaño, ya que tan prontas se le ofrecían. Mas tampoco esta vez caían las aterrorizadas ovejas en la cuenta de huir, sino que se amontonaban una junto a otra a unos pasos de distancia como esperando a su enemigo.

Y Priidik el guardabosques recordó una cierta mañana de verano, cuando en la misma isla de Kassari, resonó en sus oídos un balido quejumbroso y una joven y hermosa doncella brillaba entre otras mujeres como una rosa silvestre

encarnada entre los arbustos de enebro de la playa.

Mas no tenía tiempo de perseguir sus fantasías, pues el lobo se disponía a abalanzarse sobre una tercera oveja. Y como sucedió que Priidik llevaba el arcabuz consigo, sin dudar lo apuntó y disparó una bala contra el lobo, justo cuando éste se disponía al asalto.

Le traicionó esta vez la seguridad de su brazo, pues el lobo no resultó abatido, sino que soltó a la oveja y huyó raudo hacia Sääre y Orjaku, donde crecía un denso bosque mixto, y desapareció así de su vista.

Mas Priidik el guardabosques, mientras estaba en la loma de Kassari, arma en mano, pensó rápido:

«¿Cómo sabes tú, hombre, si aquel lobo no era tu esposa Aalo? En verdad su cuerpo humano fue devorado por el fuego, pero ¿y si su alma, aún en forma de lobo, vagaba sin hallar descanso y trataba de regresar a la isla donde nació, donde pasó sus años dorados de infancia y doncellez y donde incluso encontró a su prometido? Pues aunque ella ha muerto una vez, como lobo aún vive, pues en ella había dos naturalezas, una humana y otra lupina».

Y así comenzó a desear fervientemente volver a ver al mismo lobo que en la isla de Kassari había escapado a su bala. En los cruces de caminos cavó fosas para lobos, cubriéndolas con ramillas ligeras y flexibles y con musgo de la foresta, y veló muchas noches, acechando junto a una res muerta, mas todo era en vano.

Y para él ya nada albergaba significado alguno, ni la prosperidad y la felicidad terrenal, sino que noche y día pensaba en ese lobo de los bosques en cuyo cuerpo aún vagaba el ánima de su esposa Aalo incapaz de romper el hechizo. En su interior sentía que no existía nada que él no hiciera para liberar esa alma perdida de sus cadenas, y estaba dispuesto a robar incluso el cáliz de la Santa Comunión de la sacristía de la iglesia.

Por las noches, con frecuencia le parecía ver en sueños al mismo lobo, que se cruzaba en su camino, mientras vagaba por los bosques, y lo miraba con gran dolor, como si se tratara de un espíritu cautivo aguardando su liberación.

Y al final no podía soportar la angustia de su alma, que le superaba en fuerzas, y era como una carga enormemente pesada. Mas una mañana buscó la alianza de plata de su boda, la que ante el altar de la iglesia el sacerdote de Pühalepa había colocado en su dedo en símbolo del Santo Matrimonio.

Y así, con el corazón partido, Priidik el guardabosques fundió en secreto

el anillo, moldeando con él una bala de plata y la colocó en el arcabuz.

Y como poco después llegó la primera noche de luna clara, se dispuso de nuevo al acecho del lobo con el cadáver de un caballo que había reservado en un lugar próximo a la taberna de Haavasuo.

Al llegar allí, prometiose solemnemente a sí mismo que no se movería antes de haber divisado al lobo que esperaba.

Y de este modo montó guardia dos noches enteras, sentado junto a la ventana de la taberna, con el arma cargada sobre el banco. Pero en la estancia, el fuego se apagaba por la noche y estaba obscura y las paredes de piedra y el suelo de tierra exhalaban una sensación fría que helaba sus miembros.

Mas cuando se presentó la tercera noche, el tiempo era otoñal y extraño, y él podía observar la luna derramando su luz u ocultándose tras una nube. Aún no era invierno, tampoco verano ya, ni claro ni muy oscuro.

La carroña de caballo se encontraba a sólo unas brazas de la taberna, bajo unos abetos pelados, y se descubría claramente a los ojos cada vez que la luna se hacía visible.

Era una de esas noches en las que los muertos y ánimas vagan por doquier y atormentan los pensamientos de los vivos con gran angustia.

Y así Priidik el guardabosques volvió a sentir que el antiguo dolor lo poseía con renovadas fuerzas, como si la inquietud del alma de su esposa Aalo también lo afligiera a él.

Y le dijo al Señor, su Dios:

«Déjame volar eternamente como la arena movediza en la orilla lisa, si ésa es Tu voluntad, pero concédele a ella el descanso, como a las aves marinas en las grietas de los acantilados».

Apenas hubo rezado estas palabras cuando le pareció como si el cadáver se hubiese movido levemente al pie de los abedules.

Y al asomarse la luna entre las nubes, creyó distinguir una sombra gris merodeando alrededor del cadáver.

Y en ese lobo, Priidik el guardabosques reconoció a su esposa Aalo, que la noche de San Juan había sido poseída por los demonios y convertida en una loba.

Y así agarró su arma, que contenía la bala de plata, y disparó a través de la ventana y al instante se escuchó un penetrante aullido, como si Satán y sus

demonios hubiesen emprendido el vuelo con gran alboroto y chillidos malignos, que hubieron de renunciar a su botín.

Y cuando regresó el silencio, ya no se escuchó más que el murmullo del bosque y el eterno inquieto latido del corazón humano, Priidik el guardabosques se ciñó de coraje, salió y se acercó hasta el cuerpo que yacía bajo los abedules.

El lobo no se veía, mas sobre la fina nieve pulverulenta unas huellas de sangre conducían al linde de un bosque de abedules.







Y Priidik el guardabosques las siguió con el corazón palpitante, hasta que halló al lobo muerto, tumbado de costado sobre la nieve, pues la bala de plata había atravesado su corazón.

Así supo que su plegaria había sido escuchada. Y se descubrió la cabeza como en la iglesia y dijo:

«Oh, Aalo, esposa mía, que al mismo tiempo poseías el corazón de una paloma y el de un lobo, ¿has obtenido por fin la paz? Ahora que has muerto por segunda vez, ¿volará tu alma preciada por el cielo al seno del Señor, en cuyos pliegues del manto abundan el reposo y paz eterna? ¿Con tus pecados borrados, podrás perdonar a los vivos?».

A este lobo no lo sepultó, porque un antiguo precepto señala que a un hombre lobo que haya roto la alianza del Santo Bautismo no ha de osarse enterrarlo en la tierra, ni consagrada ni sin consagrar.

Así reunió ramillas del bosque que amontonó formando una hoguera y sobre ellas quemó al lobo. Y cuando sólo quedaban cenizas resplandecientes, con la palma de la mano las dispersó a su alrededor, a los cuatro vientos.

Y al hacerlo, bendijo y dijo:

«¡Alma, partida en dos, que al mismo tiempo era del día y de la noche, de Dios y del Diablo, álzate hacia el Creador, que con sus bondadosos dedos te volverá a unir!».

Y así concluye la historia de la Novia del Lobo de la isla de Hiiumaa.

Y todo lo que ha sido escrito en estas páginas ha sido corroborado por boca de testigos presenciales y testimonios dignos y honorables en el proceso del Tribunal de Primera Instancia por la quema de la sauna de Priidik el guardabosques y la muerte de su esposa Aalo el *Anno* 1650 en Pühalepa, instruido por el juez de la provincia de Läänemaa, el firme y serio señor Arend Aderkas, señor heredero de Kärblan, con la asistencia de Thomas Gentschie, señor de Hiiumõisa, y de Wolmar Uexkuli, señor de Essu, por orden del Señor Gobernador de Estonia, Erik Oxenstierna.

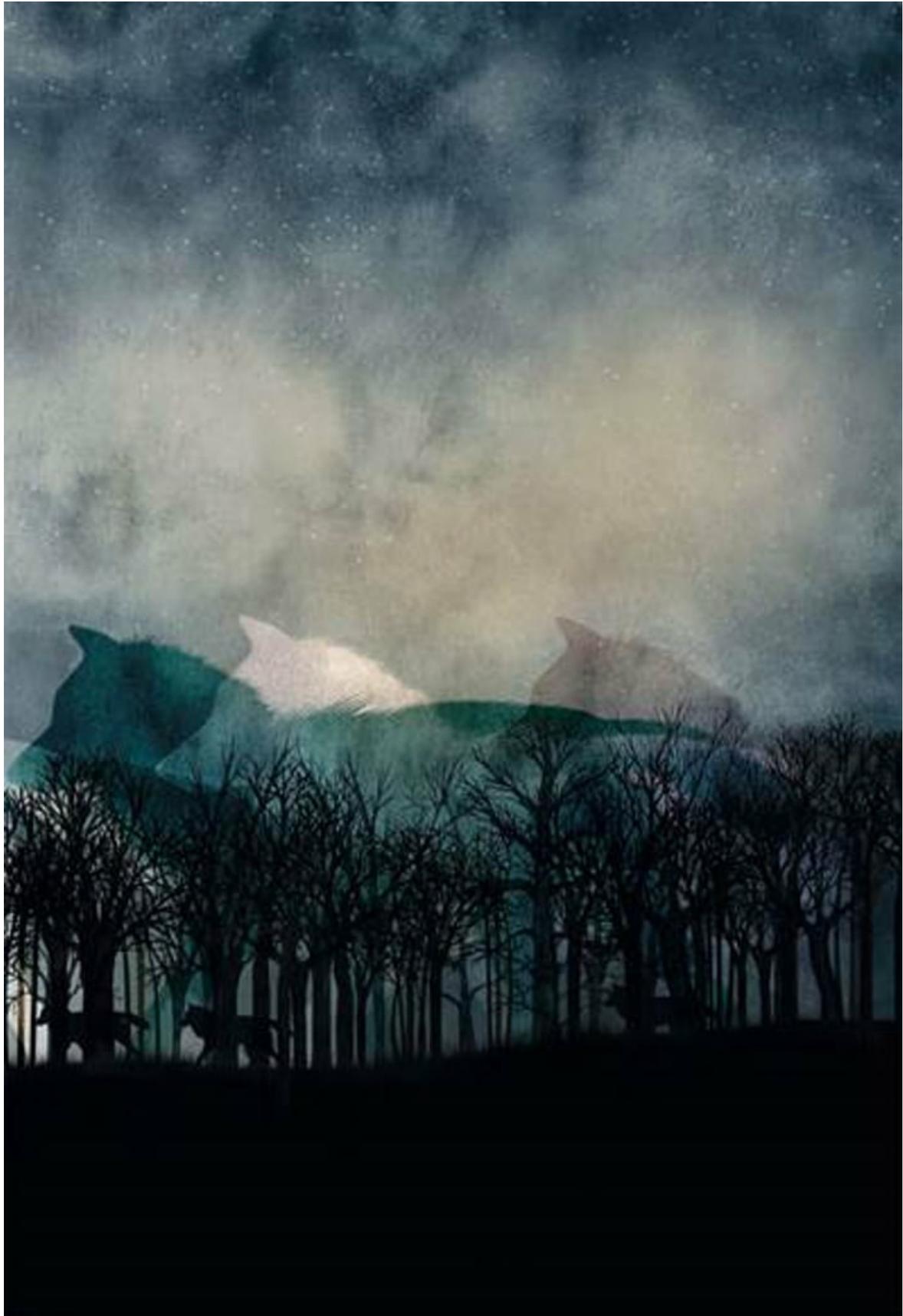
Guardémonos, pues, de toda brujería, que es una cosa terrible y horrenda, así como de la blasfemia del Espíritu Lascivo, que posee al género humano y lo acosa.

Porque, queridos cristianos:

Cuando el aliento del Demonio agarra al hombre, los talones de sus pies no vuelven a rozar más la faz de la tierra; su espíritu es arrastrado sin descanso dentro de un torbellino; las fibras de su alma arden brillantes como un fuego sobre el que se derrama aceite.

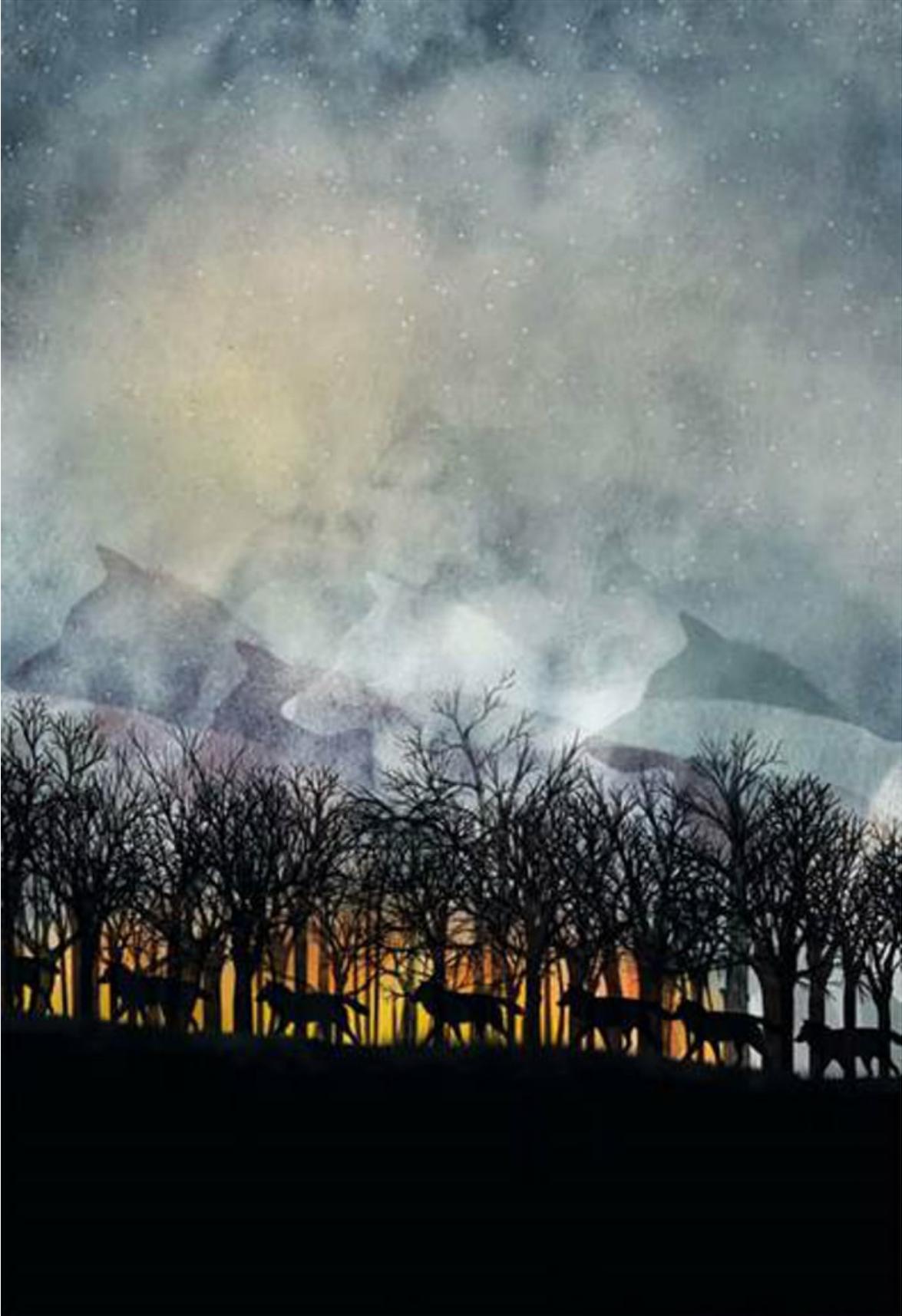
*Quis novit Daemonis astus?*











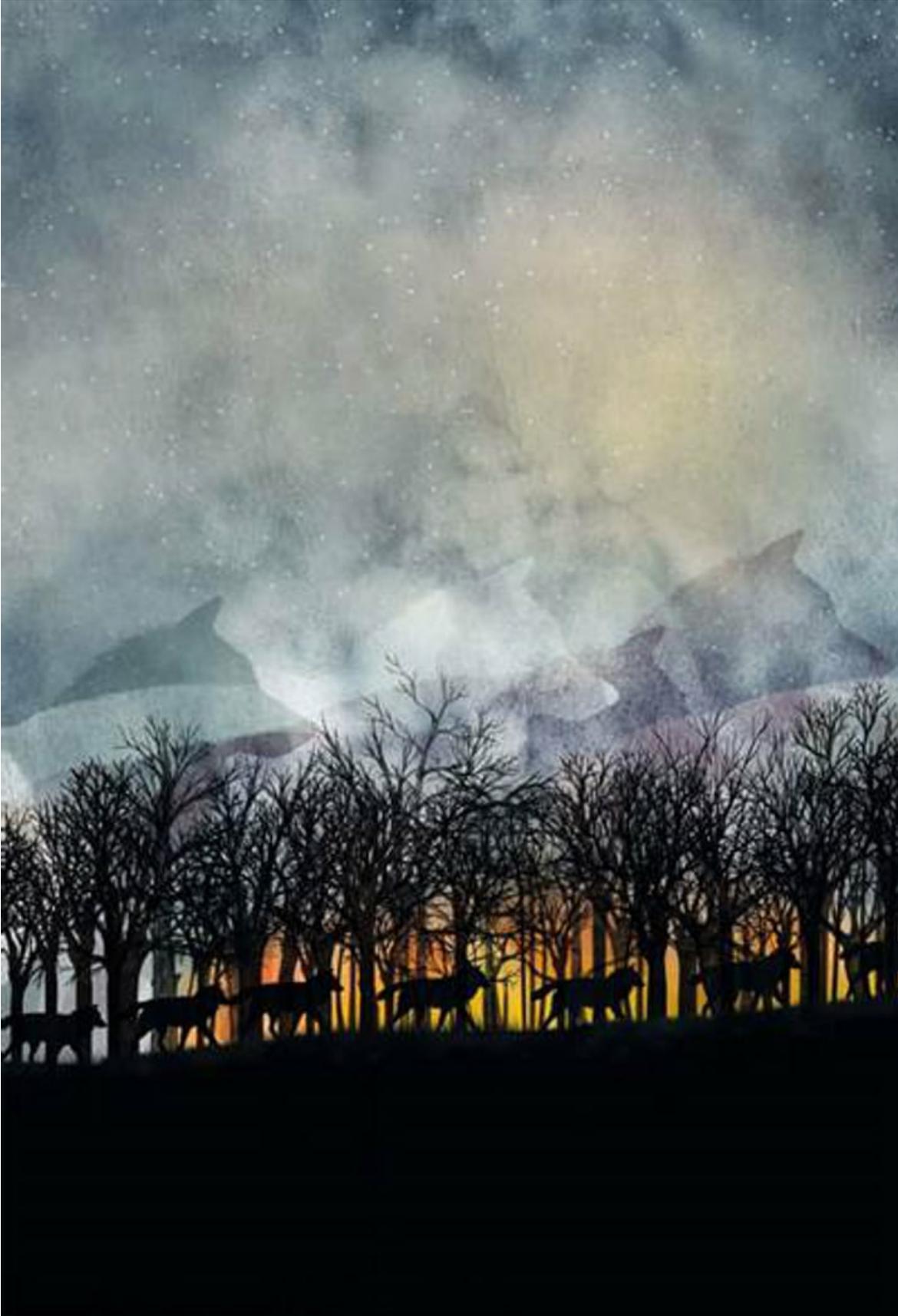
















Esta **legendaria historia** nace de los viejos mitos de los hombres lobo en Estonia, pero cuenta, en realidad, mucho más que eso: es también una metáfora de la ausencia de libertad de las mujeres en el siglo XVII.

El relato se sitúa en Hiiumaa, una isla en el lado oeste de Estonia, y comienza con un guardabosques llamado Priidik que observa a un grupo de mujeres del pueblo que lavan a sus ovejas y se enamora de la joven doncella Aalo.

Escrita con un hermosísimo lenguaje, consigue trasladarnos a los bosques de Estonia y a aquellos pueblos amenazados por los lobos en los que se castigaba duramente todo lo que se consideraba brujería.

Sara Morante ha logrado meterse en la piel de la rebelde Aalo y llevarnos con sus ilustraciones a su mundo más allá de la aldea.

